Arlene Sabaris



Aventura de VERANO

Selecta

Aventura de verano

Arlene Sabaris

Selecta

A todas esas lectoras que desde el colegio leyeron las primeras historias que escribí y que me siguen leyendo hoy.

Prólogo

2016, Santo Domingo, República Dominicana

A Solange no le gustaba nada la idea que rondaba por la cabeza de sus padres. Intentó rebatirla con argumentos emocionales y hasta manipuladores, sin embargo, se estaba quedando sin opciones. Era un hecho: no la llevarían al viaje.

Cumpliría dieciocho años encerrada en una casa de campo, rodeada de montañas y silencio, con la única compañía de su tía Nancy, siempre encantadora..., pero encerrada, escribiendo en su oficina. Si ese verano se parecía solo un poco al anterior, iba a pasarla mal.

Antes, cuando era una adolescente, los veranos eran lo mejor de su mundo. Sus primos llegaban, se reencontraba con amigos, e incluso sus compañeras de bachillerato se quedaban una semana o dos en la casa, y casi siempre celebraba su cumpleaños en la montaña con sus primos y sus amigos. Todos comenzaban a entrar a la universidad, salían de viaje con sus padres, o simplemente dedicaban el tiempo a otra cosa. El último verano había sido, sin lugar a duda, el más aburrido de todos y no quería repetirlo. Ninguna de sus amigas había podido ir, ya que hacían intercambios

en el extranjero. Sus primos ya habían entrado a la universidad y no habían viajado al campo, al igual que los vecinos que solo veía en el verano y que, en esa ocasión, nunca habían llegado. Había sido el cumpleaños más aburrido del mundo: solo con su tía, sus abuelos y sus papás.

Lo que más le dolía de este viaje no era quedarse, sino que nadie se lo hubiera dicho antes. De haberlo sabido, quizá habría aceptado la propuesta de su mamá de aplazar la universidad un semestre. No lo había hecho, sospechaba que su mamá solo estaba ganando tiempo para que cambiara de idea sobre la carrera que iba a estudiar.

Estaba tan ansiosa por empezar la vida universitaria que se había inscripto antes de terminar los exámenes finales. Había elegido Administración Hotelera casi al azar, como Trini y Matty, sus mejores amigas. Otros amigos habían optado por Medicina, Ingeniería o Mercadeo. Algunos, convencidos; otros, tan perdidos como ella. La emoción era real. La independencia olía a fiestas, cafés, proyectos y libertad; había escuchado que Administración Hotelera era la mejor opción para vivir al máximo todas esas experiencias lejos de casa. Arquitectura y Diseño tampoco eran carreras aprobadas por sus padres. «Me gustan mucho más, pero una se divierte muchísimo menos», había pensado.

Solange siempre había tenido buenas notas. Nunca había sido número uno ni la favorita de los profesores, hacía lo justo para brillar sin agotarse. Gracias a eso, había conseguido una beca parcial en la universidad en la que quería estudiar, una que estaba cerca de su casa y a la que podía ir caminando.

Sus padres, ambos médicos, habían aceptado, de mala gana, su decisión. Estaban seguros de que, en algún momento, cambiaría de opinión y terminaría con una bata blanca y un estetoscopio, lo que

perpetuaría la tradición familiar.

Como regalo de graduación, le habían ofrecido una escapada de fin de semana con sus amigos a la casa de verano de su tía. Parecía perfecto... hasta que le contaron los detalles.

—Sol, ya está todo listo en la casa de la tía Nancy —le dijo su madre—. Hablé con los padres de Trini, de Matty; ellas se quedarán dos semanas. La mamá de Carlos y Antonio irá también con sus hijos, pero solo se quedan el fin de semana; tiene un único vehículo donde caben todos, así que se irán juntos. No, tú... Tú te irás desde este viernes en el autobús, así ayudas a tu tía con los preparativos.

—¿Este viernes, ma? ¿Por qué tan pronto? Dijiste que la señora que ayuda en la casa de la tía Nancy se encargaría de adelantar la limpieza.

—Tu papá y yo cumplimos veinte años de casados, y hay un congreso en París la próxima semana. Aprovecharemos para quedarnos un mes celebrando. Nos vamos temprano y no puedes quedarte aquí sola. Además, tú siempre disfrutas los veranos en Jarabacoa. No entiendo la protesta.

—Eso era antes, ma... Además, si lo comparas con París... ¡Siempre he querido ir a París!

—Y estoy segura de que algún día irás. Solo que no esta vez. ¡Alégrate! ¡Celebrarás tu cumpleaños en tu lugar favorito con tus mejores amigos!

Solange tragó saliva. Las palabras no le salieron. Era solo un verano más, un cumpleaños más, pero algo en su interior sabía que no sería igual; tener dieciocho era todo otro asunto. Y tenía razón: algo no sería igual.

En esa época, no podría haber adivinado que, ocho años después, ese mismo lugar la haría dudar de nuevo... por razones muy distintas.

Capítulo 1

2024, Santo Domingo

Llovía a cántaros. El constante ir y venir de la energía eléctrica hacía imposible terminar el trabajo que le habían asignado porque, cada vez que intentaba descargar algo del servidor de la agencia, la conexión se reiniciaba. No le quedó más remedio que cambiarse para ir a la oficina.

La tarde apenas comenzaba, pero afuera parecía que el mundo estaba por acabarse. En la ciudad había una misteriosa correlación entre la lluvia y los conductores: mientras más copiosa, más conductores aparecían. La locura iba *in crescendo* y el tráfico se desmoronaba irremediablemente: había charcos disfrazados de lagunas, motos que cruzaban, de pronto, como relámpagos, y autobuses que no respetaban la señal de «no rebasar». Solange tenía poca paciencia para conducir en días de semana, y mucho menos si estaba lloviendo; así que aquel trayecto se le hizo eterno, a pesar de que el edificio quedaba a solo un par de bloques de su apartamento.

Cuando aparcó, se acomodó la capucha rosa para proteger su recién retocado corte bob. Se miró al espejo retrovisor y decidió

aplicar un poco más de tinta líquida en sus labios y extender más allá el delineado negro que enmarcaba sus ojos color marrón claro. Después de todo, hacía al menos dos semanas que no ponía un pie en la oficina, y quería verse bien.

Casi se le olvida la tarjeta de acceso, pero recordó el correo que habían enviado un par de semanas antes, con el asunto «Nuevo sistema de reconocimiento facial activado». De todos modos, metió la tarjeta en el bolsillo y salió con la mochila de su *laptop* enganchada a un hombro. Vestida con vaqueros oscuros, zapatos deportivos muy blancos y un abrigo rosa, aprovechó que la lluvia ya empezaba a ceder y se dirigió, con pasos rápidos, al pasillo de acceso al edificio.

Con timidez, se puso frente al dispositivo. No estaba segura de cómo usarlo; la verdad era que no había leído el instructivo enviado por Recursos Humanos. Mientras lo pensaba, una voz robótica anunció: «Bienvenida, Solange García. Adelante».

A continuación, un *beep* indicó que la puerta estaba abierta. Empujó el cristal, y la recepcionista la saludó con la amabilidad de siempre. Solange continuó con la prisa que llevaban todos los que, en algún momento del día, cruzaban esa puerta.

Le sorprendió ver cosas nuevas en la oficina. Entre ellas, había varios espejos redondos por doquier, rodeados de follaje artificial; un cuadro con un mono simpático que usaba un colorido sombrero, y un par de sillones de pana azul completamente vacíos. Algunos cojines naranjas, ordenados por forma, evidenciaban que quizás ni una sola visita los había tocado ese día. Sonrió para sus adentros, y el espejo le devolvió la sonrisa. Quizá sí le gustaban aquellos espejos después de todo.

Siguió cruzando puertas y descubrió que, en su anterior oficina, había una elegante máquina de café y un par de fanáticos

esperando un capuchino. Fueron ellos quienes le dijeron que el Área de Diseño estaba en lo que antes era el salón de reuniones. El viejo Music Room ahora era un departamento, y el nuevo salón de reuniones quedaba en el segundo piso.

La vida en las agencias de publicidad era un poco distinta después de la pandemia. Los directivos hacían lo imposible por traer a los empleados de vuelta a la oficina: colocaban hamacas en los pasillos, instalaban máquinas de café y hasta ofrecían helado con tal de desincentivar el trabajo remoto. Pero los empleados no lo estaban haciendo fácil. Solange era una de ellos. Incluso había preferido no recibir el último aumento si implicaba regresar todos los días a la oficina.

Cuando abrió la puerta del nuevo espacio, se encontró con que la mitad de los puestos estaba ocupada. No reconoció a varios de los presentes; mucha gente ya no ponía la cámara en las reuniones virtuales, así que esperaba, al menos, identificar sus voces.

—Hola —saludó.

—¡Sol! Dichosos los ojos —respondió Dany.

—¡Dany! Estuve hace un par de semanas para actualizar el respaldo... Tal vez no pasé por aquí y fui directo a Soporte técnico.

—Será... ¿Viste la nueva máquina de café?

—Sí, ahí la vi. Pero tú sabes que a mí me gusta el café sin parafernalias.

—Chicos, ¿ya conocían a Sol? —anunció Dany—. Es de las más antiguas aquí, está prácticamente desde que comenzamos la agencia. Y es la mejor, por eso es la cabeza del equipo sénior de Arte. Aunque no lo parezca, porque nunca está aquí.

Los dos chicos que lo acompañaban inclinaron la cabeza sin quitarse los auriculares, mientras Dany hacía señas a Solange para que se sentara a la mesa.

—Muy gracioso, Dany. Mi equipo funciona a la perfección, ¿OK?

—Igual deberías venir más... ¿Y bien? ¿Cerramos esta campaña hoy?

—Sí, sí, lo siento —dijo ella—. No he podido subir los archivos al servidor. Lluvia, internet, no sé. Supongo que aquí será más rápido.

Las próximas seis horas fueron un vaivén de archivos, cambios del cliente y nuevas asignaciones. Solange terminó sucumbiendo a un capuchino cuando por fin terminaron el trabajo. Mientras intentaba descifrar que, para recibir el café, debía ingresar su código de empleada a la máquina, su jefe apareció por allí.

—Hola, Sol... Dichosos los...

—Sí, sí, «dichosos los ojos». Me lo han dicho, por lo menos, seis veces hoy —interrumpió ella, levantando al aire el vaso de papel que después colocó en el dispensario de café—. Rafael, acabas de cerrar una campaña adicional solo porque al cliente le gustó mi propuesta para Navidad, y apenas estamos empezando el verano. Que no venga a la oficina no le afecta en nada a la agencia.

—De todos modos, tendrás que volver, y lo sabes. Es cuestión de que terminemos el tercer piso. Solo faltan un par de semanas. Es mejor que empieces a venir, al menos, un par de días a la semana. La pandemia acabó hace años, debes acostumbrarte.

—Estás convencido de eso, ¿eh?

—La junta decidió...

—La junta, la junta... Ahora todo se trata de lo que dice la junta. Me gustaba más cuando éramos una agencia pequeña.

—¿Te gustaba más ese salario también? ¿De verdad era mejor cuando no eras accionista? Todo tiene ventajas y desventajas, Sol. —Rafael se detuvo un segundo y añadió—: Por cierto, me enviaron un correo de Recursos Humanos. Tus vacaciones. Tienes que tomarlas antes de septiembre, por lo menos la mitad de todos esos

días acumulados. Es una orden. Y una cosa más: pasamos a la ronda final de evaluación del *brief* de A & B. Espero que tengamos noticias pronto. El equipo de Cuentas se prepara para presentar. Gran trabajo, Sol.

—No hay que celebrar todavía... Veamos si nos eligen.

—Un poco de fe, mujer... Además, tenemos todas las de ganar.

El gerente general de la agencia debía ser solo unos años mayor que Solange, pero no pasaba de los treinta y dos. Un inversor ángel había apoyado su emprendimiento con generosas inversiones de capital desde hacía un año, con la condición de que los empleados de mayor antigüedad también recibieran acciones y se comprometieran con la empresa a largo plazo. El experimento había convertido en socios minoritarios a Solange y a un par más de los fundadores.

Con mayor inversión en infraestructura y tecnología, habían evolucionado para ser la agencia digital de moda: campañas en TikTok, en Instagram y hasta en las redes más recientes. Eran los expertos en conectar con el público joven. Eso también les había costado parte de la independencia creativa que tanto valoraban. Orden, procesos, auditorías... Toda una pesadilla administrativa que aseguraba el dinero, pero mataba la espontaneidad. Al menos, así lo pensaba ella.

Solange había sido parte de la agencia desde el inicio; con la pandemia se había acostumbrado a trabajar desde su casa. Su último novio, Dany, era líder del equipo creativo. Ella, del de diseño. Hacía muchos meses que la relación había terminado; aun así, seguían siendo amigos. A veces, salía con el grupo, y todavía le resultaba raro verlo con otra, una pelirroja de la agencia de investigación que trabajaba en el mismo edificio.

Había sido ella quien se había alejado. No podía culparlo. Quizás

su resistencia a volver no era solo hacia la nueva gestión o la oficina, sino hacia los cambios que no se atrevía a nombrar. Incluyendo la reciente relación de Dany.

Cuando iba de salida, quitó el vaso de papel, ahora humeante, y la máquina de capuchinos se despidió con amabilidad robótica: «Gracias por tu trabajo, Solange». La forma literal en que pronunciaba su nombre la hacía doblarse de risa.

Vio a Dany en el aparcamiento. Dijo algo sobre ir al bar de la esquina. La pelirroja estaba al lado, con cara de «Ojalá te mueras». Les sonrió y dio una excusa tonta para seguir directo a su carro.

La noche estaba fresca, pero había dejado de llover. Mientras buscaba una canción en la radio, su teléfono mostró una llamada entrante: «Mami».

Solange apretó el botón verde.

—Hola, ma...

—Sol, no has leído mis mensajes.

—Estaba en la oficina, ¿todo bien?

—Todo bien, ¿y tú? ¿En la oficina? ¿Todo bien?

—Sí, solo vine a entregar unas cosas. ¿No es un poco tarde para ti?

—Sí, pero como no contestabas... y tampoco a tu tía...

—¿A la tía?

—Sí. Necesita que vayas a la casa del campo. Van a empezar el trabajo de la terraza y... Pues... operaron a tu tío. Ella no puede viajar. Tendrás que ir tú.

—Pero ¿ir adónde? ¿Al campo? ¡Tengo que trabajar, ma!

—Eso es una excusa tonta. Puedes trabajar allá igual que en la ciudad. Además, son solo unas semanas.

—¿Semanas?

—Sol, tu tía nunca nos pide nada, y no volvemos de París hasta

agosto. ¿Qué tan terrible puede ser ir a asegurarte de que la arquitecta se ajuste al diseño que se le pidió? Después de todo, es tu idea. Tu creatividad se está haciendo realidad. Es una oportunidad para ti también.

—Sí, ma, pero estoy trabajando ¡Y justo me están pidiendo volver a la oficina presencial! ¿Cuándo se supone que debo estar allá?

—Hoy... Bueno, mañana para ti. Este sábado, para que te acomodes y hagas las compras. La arquitecta llegará el lunes temprano. No te preocupes, ese internet especial que pusieron funciona de maravilla, dice tu tía.

—OK, ma.

Para cuando la conversación terminó, Solange ya llevaba detenida un par de minutos en la entrada de su edificio. Si bajaba al sótano, perdería la señal.

Lo pensó un momento y decidió no llegar aún. Fue directamente al supermercado.

Compraría suficiente cava para no salir de la montaña en un mes. Si tenía que hacer ese trabajo, al menos se aseguraría de que no le faltaran las burbujas.

Capítulo 2

El camino a la casa de su tía Nancy era conocido porque no era más que la antigua casa de sus abuelos, que ya se habían mudado a la capital para estar más cerca de sus médicos. Solange recorría el mismo trayecto casi todas las vacaciones, solo que nunca era ella quien conducía. Siempre lo hacía su mamá, su papá o su propia tía, que llegaba a recogerla.

Solange no tenía hermanos y su tía Nancy no tenía hijos; era la hermana pequeña de su mamá y la separaban de Solange solo diez años, así que la afinidad era innegable. La tía Nancy se había quedado a vivir en la cabaña familiar de Jarabacoa al morir sus padres, y era escritora. Cuando se había casado y se había ido a vivir al extranjero, la cabaña era su refugio de verano, donde escribía novelas de misterio que se vendían como pan caliente en los Estados Unidos. Y ahora una inminente restauración se hacía necesaria en la casa, que comenzaba a sentir el paso del tiempo. Solange había diseñado todo para modernizar la terraza y rentar la propiedad a los vacacionistas cuando no estuviera ocupada. Originalmente, su tía vendría, como cada verano, y supervisaría los trabajos mientras escribía su próximo *best seller*, pero la operación

de su marido había provocado un cambio de planes.

Cuando Solange se puso al día con sus mensajes, después de que su mamá soltara la noticia sin más, se enteró de la situación en detalle por las decenas de notas de voz extralargas que su tía le había enviado. Era una de las desventajas de su trabajo remoto: sus padres creían que no trabajaba en realidad o que, aunque lo hiciera, estaba disponible siempre. Solían pedirle ir de compras, buscar regalos, recoger personas al aeropuerto, cualquier clase de diligencias, sobre la premisa de que ella trabajaba en casa. No había valido explicarles que igual debía conectarse a ciertas horas, registrarse en programas de monitoreo y asistir a reuniones virtuales. Sus padres, ya retirados y pasando de viaje en viaje, no entendían razones. Esta no era más que una de sus diligencias regulares que ella podía hacer sin «ninguna dificultad».

Tenía acumulado, por lo menos, un mes completo de vacaciones que debía disfrutar; Recursos Humanos ya le había enviado correos sobre eso. Acababa de entregar su proyecto más importante, y decidió dar un paso arriesgado y tomar la primera semana de vacaciones en mucho tiempo. Si surgía alguna urgencia, ya le escribirían.

Metió en la maleta ropa suficiente para el calor, para la lluvia; después de todo, el clima era impredecible. En la montaña casi siempre estaba frío, aunque fuera verano, pero nada era seguro. Puso bañadores por si le daba tiempo de ir al club, y varios libros: el último que había publicado su tía Nancy y aún no había empezado, y uno que le había regalado su jefe, *Mindset*. Quizá ahora tendría tiempo para leerlos.

Mandó la solicitud de vacaciones por el nuevo sistema de Recursos Humanos. Ni siquiera había entrado, en primer lugar, así que tuvo que asegurarse de que estaba haciéndolo bien. Fue bastante fácil.

Un par de clics más tarde, ya había enviado el mensaje y, para su sorpresa, solo un par de minutos después, sonaba un aviso de que su jefe las había aprobado.

El camino a Jarabacoa fue ligero. Salió temprano para no encontrarse con el tráfico. Su *jeep* 4 x 4 en un delicado color verde agua había sido un regalo de graduación de la universidad. Mas no un regalo del todo: sus padres habían pagado el inicial y ella, las cuotas del préstamo. Lo había saldado ella sola hacía ya un año, con su último bono de desempeño. Justo un año antes de tiempo, estaba orgullosa de eso. También se había mudado a un apartamento con una habitación. A dos esquinas de la casa de sus padres, pero igual era un logro: tener veinticinco y vivir sola era un poco distinto ahora de como sus padres recordaban esa edad.

Pensaba en todo esto cuando conducía hacia el campo. Llevaba su termo con café repleto y escuchaba una *playlist* de Taylor Swift cuando entró una llamada. Le quedaba, por lo menos, media hora de camino.

—¿A qué hora llegas? ¿Me recoges?

Se escuchó una voz somnolienta en los altavoces del vehículo.

—¿A qué hora llego dónde, Trinidad?

—Al *brunch* de Matty, ¿dónde más?

—¡Mier...!

—¡Modales, Solange Eloise!

—No voy a ir.

—¿Cómo que no vas a ir? ¡Es el *brunch*! ¡Y le toca a Matty! ¡Nunca le toca a Matty!

—Lo sé. Se me olvidó, estaba con un proyecto de la agencia y lo borré de mi agenda mental por completo. Igual, si no me llamabas, no me iba a acordar. Voy camino a Jarabacoa.

—¿A la casa? ¿Y a qué? ¿Llegó Nancy?

—No viene. El proyecto tendré que supervisarlo yo. Matty me va a matar.

—Deberías hacer tú el *brunch*. Muero por ir a la casa, hace siglos que no vamos.

—Siglos, dices...

—Tú entendiste. ¿Qué le digo a Matty?

—La verdad, ¿qué le vas a decir?

—Algo más emocionante, amiga, la verdad. Que volviste con Dany y se fueron a Jarabacoa.

—Supéralo, Trini, por Dios. Me voy, tengo que completar el combustible. Y no me menciones a Dany, por favor.

La llamada se cortó abruptamente. A Solange no le gustaba que sus amigas bromearan con todo el asunto de su ex. A ella ya le había costado saber que andaba con otra; ellas aún no lo sabían y creían que él seguía disponible. Era obvio que no la esperaría por siempre o, por lo menos, eso imaginaba ella. Aunque no estaba segura del todo.

En realidad, no debía rellenar combustible, pero, de todos modos, se detuvo en la estación para comprar algunas botanas que de seguro le harían falta si las chicas decidían aparecer por allá, algo perfectamente posible porque sabían que estaría en «la cabaña de los besos», como solían decirle cuando eran más jóvenes y estaban juntas. Aquella casa guardaba mucho más que besos: guardaba momentos inolvidables de la adolescencia y juventud de Solange, pasajes que yacían olvidados en un lugar recóndito de su memoria. Ahora solo podía pensar en que aquella soledad obligada, las vacaciones involuntarias y el ambiente distinto la ayudarían a darse cuenta de que esta vez Dany ya había pasado página, y quizás ella debía hacerlo también.

Un montón de mensajes esperaban en su teléfono cuando volvió a

conducir, pero no leyó ninguno. Prefirió escuchar música durante el resto del recorrido hasta llegar al camino que llevaba a la cabaña, y el paisaje de la entrada la recibió tan impresionante como siempre. Los árboles se inclinaban con reverencia, creando un túnel natural, como si custodiaran con celo aquel rincón escondido que hacía de entrada a dos grandes propiedades del lado derecho de la carretera. Al otro lado solo había árboles. Una alfombra de grava y tierra negra crepitaba bajo las ruedas del vehículo.

Una cerca rústica con troncos surgía entre los pinos. Las bisagras de hierro crujieron cuando Solange quitó el candado. Aspiró el aroma inconfundible de aquella parte del mundo que tanto amaba, aunque ahora cada vez la visitaba menos. Pensó que cada tronco parecía haber sido tallado por el tiempo, con sus propias peculiaridades. Las enredaderas con flores trepaban entre sus rendijas, regalando al aire un perfume que embriagaba los sentidos. Los bordes estaban delineados con piedras de río y pequeñas flores amarillas que brotaban entre la hierba. A su abuela le había costado convencerla de que aquellas diminutas florecillas, en realidad, eran silvestres.

Solange aparcó y volvió a cerrar la cerca. Respiró el aire puro de la montaña. Hacía, por lo menos, un año que no iba. Era casi mediodía y el sol castigaba el jardín al aire libre. Sin pensar en descargar las maletas, se acercó a la galería para abrir la puerta. El techo de tejas rojas caía con delicadeza sobre columnas de madera, y una hamaca tejida se balanceaba con la brisa entre dos extremos de la galería. Desde allí, se divisaban las montañas, impregnadas de pinos muy verdes. Faroles apagados colgaban encima de una mecedora antigua en caoba muy brillante, sobre la que reposaba un cojín con la palabra *hogar* bordada en letras rojas y un par de colibríes a cada lado. A su abuela le gustaba bordar.

Todo en esa entrada susurraba pertenencia. La historia de su familia escrita con madera y el aroma a pino que flotaba en el aire eran un refugio para el alma. Aquella cabaña estaba repleta de memorias. Con razón a su tía Nancy le gustaba ir a escribir allí, con razón a ella y a sus amigas les encantaba pasar los veranos en aquellos jardines; por lo menos, durante un tiempo, así había sido.

Puso el código en un tablero electrónico, y la puerta se abrió después de un *beep.* El lugar olía a cedro mezclado con perfume de limón. Anticipando su llegada, con seguridad la empleada ya había pasado a limpiar la casa. Todo olía maravilloso. Aquel aroma le trajo a la memoria tiempos más simples. Aspiró profundamente y volvió para descargar el equipaje. Unas largas semanas la esperaban en su espacio para recordar, aunque en esta ocasión estaba convencida de que iba a usarlo para olvidar.

Comenzó a colocar en la alacena todas las provisiones y, en el refrigerador, las botellas de cava y algunas cervezas. Por un momento se olvidó de su teléfono, que vibraba con intermitencia sobre una mesa auxiliar de la cocina. Ya era mediodía, así que puso a hervir agua para hacer una pasta rápida. La cocina era uno de sus lugares favoritos de la casa; tenía una gran isla en madera esculpida al centro, con una forma irregular algo ovalada, elección de su abuelo. Debajo se escondían varios taburetes rústicos, donde ella solía sentarse con sus primos para probar las galletas de su abuela. Ya habían pasado algunos años desde la última vez que aquella cocina los había visto a todos juntos.

Mientras el agua hervía, Solange quedó sumergida en aquellos recuerdos. Los tres hijos de su tío eran como sus hermanos y, cuando ellos habían emigrado a los Estados Unidos, apenas podía verlos en las vacaciones. Las cosas eran diferentes: la tecnología les permitía hablar con mucha más frecuencia, pero eso no era lo que

pasaba en la realidad. Tenían menos tiempo, más ocupaciones y, definitivamente, los recuerdos eran todo lo que quedaba.

La vibración insistente del teléfono la sacó del letargo voluntario, y tomó el aparato para ver las fotografías que seguían enviando sus amigas desde el *brunch.* Notó, también, un mensaje de su tía informando que la cirugía de su tío había salido bien, un par de mensajes de su mamá para confirmar que ya estaba en la cabaña y una indicación de la plataforma de Recursos Humanos de que sus días libres habían sido aprobados.

Terminó de preparar la pasta y se sentó a comer en uno de los taburetes. Siguió contestando mensajes, hasta que un sonido chirriante le avisó que estaba quedándose sin batería. De pronto, se dio cuenta de que el internet inalámbrico de la casa no se había conectado automáticamente. Le pareció extraño, pues siempre había tenido la misma contraseña y nadie tendría por qué haberla cambiado. Le escribió a su tía y, a pesar de que tenía internet en su móvil, le preocupó no tener la clave del de la casa.

No le dio mucha importancia y puso a cargar el aparato. Se había levantado temprano y una siesta no le vendría mal. Ya resolvería después todo el tema del internet.

Capítulo 3

La brisa fresca de Jarabacoa acunaba el sueño de Solange, que, pasadas las cinco de la tarde, aún dormía. Había planeado dar un paseo por el inmenso patio de la propiedad, descansar en la hamaca bajo el cielo despejado, pero ya el día se acababa y ella seguía sumergida en un sueño profundo.

Cuando abrió los ojos una luna creciente se asomaba en el cielo con timidez. Despertó sobresaltada, confundida sobre dónde se hallaba y, sobre todo, sorprendida de la oscuridad que ofrecía el ventanal de la habitación. Estalló en una carcajada al darse cuenta de que había dormido por cinco horas de corrido en pleno día. No podía recordar la última vez que le había pasado algo así.

Corrió a ver su teléfono y encontró varios mensajes. Se concentró en el más reciente: uno de Rafael, su jefe, que le pedía que le enviara, lo antes posible, los últimos cambios de la presentación de un cliente porque en la nube no estaba la versión más reciente. Es algo que se suponía que iba a hacer al llegar a Jarabacoa, pero se había dormido. Bien, tendría que conseguir la clave con urgencia para poder enviar el archivo desde su computadora.

El siguiente mensaje era de su tía; no habían cambiado la

contraseña, pero tal vez su mamá sí. Después leyó el mensaje de su mamá: «Sol, asegúrate de que pagamos la factura del internet de la cabaña. Creo que bloqueamos las tarjetas para usarlas solo en París. Luego te reembolsamos, linda». Ese mensaje le provocó dolor de estómago. Si en verdad se habían olvidado de pagar la factura, tendría que conseguir como resolver el problema de otro modo. Aunque hiciera el pago, no la reconectarían hasta que pasara el fin de semana.

Comenzó a buscar las redes wifi disponibles de sus vecinos más cercanos, y solo una tenía una señal lo bastante fuerte. Las casas eran grandes y estaban separadas por enormes jardines, los pinos estaban por todas partes y crecían muy alto: sus posibilidades eran pobres. Pero alguien tenía satélite y su señal era muy fuerte; solo necesitaba la contraseña. Por suerte, el nombre era muy obvio y sabía a qué casa dirigirse. Súper Fresas era el nombre de la empresa de sus vecinos, los Tiburcio. No vivían allí; como la mayoría, se habían trasladado a la provincia capital. Pero, si se acercaba, tal vez algún empleado podía darle la clave. Era su única esperanza, así que se fue, computadora en mano y con un cable por si era necesario conectarse allí mismo si los empleados no sabían la clave. Solo esperaba que aquello del internet por satélite funcionara igual, debía enviar ese correo electrónico.

Todavía no oscurecía del todo y un camino de lámparas en el suelo iluminaba el jardín hasta la puerta. Las casas estaban en un complejo cerrado, así que no había guardianes, solo en la entrada del complejo. Pasó sin mayor inconveniente entre un jardín de orquídeas que lamentó no poder admirar del todo. Se detuvo en la puerta y tocó el timbre con la esperanza en el pecho porque las luces estaban encendidas y dentro alguien escuchaba Coldplay a todo volumen.

Pasaron un par de minutos cuando levantó la mano para tocar de nuevo, pero justo en ese momento una silueta imponente apareció del otro lado de los vitrales que adornaban la parte superior de la puerta. La visión, cuando la figura dejó de ser una sombra tras los cristales, la mantuvo sin habla por un instante. Envuelto con una toalla blanca que rodeaba su cintura, asomó un hombre con el torso desnudo y los abdominales más marcados que ella había visto en mucho tiempo. Sus amigos de la agencia no solían pasar ni cerca del gimnasio y este hombre, por lo visto, iba todos los días. Se incomodó un poco ante la inusual bienvenida y un *hello* algo seco que casi no escuchó. Él era más alto, así que sus ojos fueron a parar directo a su pecho, hasta que subió la mirada y se encontró con su rostro, ligeramente familiar.

—Hola, soy Sol, vecina de al lado—dijo ella algo confundida y en voz baja.

—¿Sol? ¡Dichosos los ojos! —respondió él con una enorme sonrisa de dientes blancos y perfectos, enmarcada en una barba abundante.

—Parece ser la frase del mes... —dijo casi para sí.

Examinó con cuidado aquel rostro de mandíbula cuadrada y pómulos fuertes; su cabello, muy negro y abundante, aún goteaba por la ducha reciente. No fue hasta que llegó a aquellos inolvidables ojos verde olivo, y a las pecas alrededor de su nariz, cuando su voz casi imperceptible se atrevió a adivinar.

—¿Kenny?

—*Yeah... Long time no see, kiddo*...[1] Hace años que nadie me dice así. Ahora soy Kenneth... o señor Peters.

—Pues sí... Dichosos los ojos. Siempre serás Kenny para mí.

—¿Seis? ¿Siete años?

—Tal vez más. ¿Quién está contando?

—Yo, supongo—respondió y entonces le guiñó un ojo, justo como

hacía cuando eran solo adolescentes.

—Será. Creo que interrumpo, vuelvo después—murmuró apretando la computadora en el pecho

—*No need*[2]*.* ¡Pasa! Estoy solo, ahora vivo aquí. *Need some sugar*?[3] —dijo y volvió a reír, mientras entraba a la casa, y la invitó a que lo siguiera.

—Finalmente, aprendiste a hablar español y, aun así, me hablas en inglés. Las reglas no han cambiado...

—Lo sé. Solo español para Solange. Ponte cómoda, ¿seguro que no necesitas azúcar? Siempre he querido que alguien venga a pedirme. *Anyways*[4]... vuelvo enseguida, ya me iba a cambiar.

—En serio, luego vengo, quizás ibas de salida. Puedo esperar a mañana.

—No suena como tú... Que puedas esperar, quiero decir. Con lo orgullosa que eres, si vienes con esa *laptop* acunada como un bebé, tengo que asumir que tienes problemas con el internet. Yo siempre tenía problemas con el internet, por eso ahora tengo el satélite. ¿Vino? ¿O eres más de cerveza? Ahora que lo pienso, no conozco a la Solange con permiso de conducir.

—No... no quiero tomar nada, gracias.

—OK. Ya vengo.

No le dio tiempo a responder cuando él se fue escaleras arriba con prisa. Kenneth Peters siempre la había dejado sin habla. Incluso cuando eran solo niños le irritaba que, aun sabiendo español, le hablara en inglés. Ella no entendía ni la mitad y eso la ponía de pésimo humor porque no podía contestar. Y siempre con aquella mueca de sonrisa. Nadie podía sonreír todo el tiempo, era incómodo e insoportable. Solange no lo toleraba.

Conocía a los hermanos Peters desde que sus abuelos se habían mudado a la cabaña de al lado. Habían llegado, por primera vez, en

unas vacaciones de verano. Kenneth, a quien siempre todos llamaban Kenny, y Keyla, su gemela, tenían catorce años; Solange tenía trece. En aquella época, el parque era el único lugar donde podían usar patines. Keyla prestaba los suyos para que Solange y sus primas Madelin y Elisa aprendieran a montar; Kenny, por el contrario, pasaba volando con los suyos por su lado, sin intención alguna de compartir la diversión. Y, mientras las niñas se turnaban cada una con un solo patín, Kenny hacía gala de infinitas acrobacias que hacían que se tambalearan cada vez que pasaba cerca.

Los veranos de los años siguientes a ese primero habían sido muy parecidos: Solange esperaba verlos, y Keyla siempre traía algo nuevo y divertido para compartir. Pero, el año en que habían entrado a la universidad, los gemelos no habían pasado las vacaciones con sus abuelos, y la emoción de Solange por verlos ese año había quedado frustrada. Un año después, había sido ella quien había entrado a la universidad. Pero, ese verano, los gemelos habían llegado, por unos días, a celebrar el aniversario de sus abuelos. Ya no eran adolescentes y habían cambiado mucho.

Solange seguía abrazando la computadora, sentada en uno de los inmensos sofás del salón. Estaba distinto a como ella lo recordaba: los muebles eran modernos y sobre la chimenea había muchas fotografías. De pronto, pensó en cómo aquel lugar era un espacio que solo existía en su memoria durante los meses de julio y agosto y, entonces, de un año para el otro, había dejado de ser importante.

Puso la computadora sobre una mesa y se dirigió a la chimenea para observar en detalle una colección de fotografías familiares. Reconoció a Keyla, con su largo cabello negro y sus intensos ojos tan verdes como los de su hermano. Estaba vestida de blanco, con un ramo de flores naranja en las manos, y un hombre de tez morena con un esmoquin estaba a su lado. Ambos sonreían en un paisaje

nevado. Una fotografía la mostraba a ella sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, con una tela transparente que apenas cubría su cuerpo desnudo y con un par de bebés en brazos. El hombre de pie detrás de ella, con el torso también desnudo, sonreía. Por lo visto, aquello de los gemelos iba de generación en generación. Se sonrió al ver a aquella amiga de la infancia en una faceta distinta a la que, quizás, imaginaban juntas mientras montaban patines en el parque.

Hacía casi ocho años que no sabía nada de esa chica con la que tanto se había divertido en muchas vacaciones. Se avergonzó de no haberla buscado en Instagram, de no haberlos buscado en lo absoluto.

Aquellos pensamientos fueron interrumpidos por la voz varonil, que regresó y notó como miraba con ternura la fotografía sobre la chimenea.

—Leah y Leo. Ya cumplieron un año. Son un encanto.

—Me avergüenza decir que no tenía idea... Es decir, me hubiera encantado felicitarla.

—Aún puedes hacerlo, vendrán en cualquier momento este verano. ¿Qué hay de ti? ¿Ya has ordenado unos gemelos? —dijo guiñando el ojo otra vez.

—Para nada. Ni gemelos ni nada, no pienso tener hijos.

—¡Oh! Supongo que entonces somos dos. Mi hermana ya ha cubierto la cuota de ambos, así que... —Un silencio incómodo quedó en el aire, y Kenny dio un par de pasos en dirección a la cocina, para regresar con cervezas frías y extender una a su inesperada visita—. Estoy adivinando, pero creo que, por tu expresión, necesitas más una cerveza que una copa de vino.

—Necesito internet... y una cerveza —dijo ella aceptando el ofrecimiento.

Los años habían transcurrido, pero aquella mirada seguía causando en ella la misma sensación de intranquilidad. Estaba más alto y llevaba el cabello corto —antes solía flotar desenfadado sobre su cuello—. Era un flacucho común y corriente, ahora lucía un torso de revista de maquinarias de ejercicio y, aunque cubría su pecho con una camiseta gris y tenía puestos vaqueros y unos deportivos blancos, por alguna razón, Solange seguía imaginándolo en toalla. Solo entonces Solange pensó en cómo iba ella vestida. En su afán al salir corriendo, no había siquiera cepillado sus dientes después de todas las horas que había dormido. Dio un sorbo largo a su cerveza.

—Internet. Claro, déjame y te conecto. Si algo tenemos de sobra en esta casa es internet... y azúcar. Siempre pienso que un día alguien puede venir por eso. —Se sonrió. Ella abrió su computadora y se la pasó con timidez. Lo observó, en silencio, teclear un par de veces y la tomó de nuevo cuando él se la pasó—. Listo.

—Lo siento, hay alguna clase de avería...

—Pasa todo el tiempo.

—Y... ¿qué haces exactamente aquí? ¿Vacaciones?

—Ya quisiera. Como dije antes, vivo aquí. Hace casi un año ya que me encargo de Súper Fresas. Conseguí un contrato en Miami y debo asegurarme de que se cumple. Solo estando aquí puedo conseguirlo, mis abuelos se retiraron ya.

—Algo así hicieron mis papás. Un poco jóvenes, digo yo. Ahora están en París.

—¿En serio? Los míos están en Madrid, con Keyla..., los nietos, en fin. Súper Fresas es mi responsabilidad ahora. ¿Y tú? ¿Aquí, en el campo? Tu tía me contó que trabajabas en publicidad y no salías de la ciudad ni muerta.

—Pues ya me ves... y sigo viva.

La primera cerveza se convirtió en una cuarta, mientras se ponían

al día. De pronto, a Solange se le había olvidado que odiaba a Kenny con todas sus fuerzas y, de paso, también, aquel correo que tenía que enviar.

El reloj inteligente de Solange vibró con insistencia unos segundos, pero la pantalla iluminada hizo que su compañero de tertulia le avisara.

—Creo que, tal vez, debes mirar tu reloj...

—Dios... Lo siento, es mi jefe.

—Parece que tienes un trabajo complicado, es sábado por la noche.

Solange se paró del sofá y levantó su celular, que estaba abandonado sobre la chimenea. Lo había dejado allí cuando admiraba las fotografías. «Ya va..., no tenía señal», dijo a secas, sosteniendo el teléfono en su oreja apoyada en el hombro, mientras caminaba con la computadora abierta por la sala de su vecino.

Finalmente, se volvió a sentar, colocó otra vez la *laptop* en sus piernas y colgó la llamada.

—De verdad te agradezco el internet. Se supone que estoy de vacaciones, pero, si no mando esto, a mi jefe le da un soponcio...

—¿Soponcio?

—Un ataque..., algo así.

—*That's new*...[5] —respondió casi susurrando, mientras se dirigía a la cocina a buscar más cerveza.

Había pasado una hora con Kenny, incluso había cerrado la *laptop* mientras le contaba sobre sus últimas campañas. De pronto, estaban hablando de cómo él necesitaba una campaña publicitaria para su empresa productora de fresas, y ella había olvidado por completo el motivo de su visita en primer lugar. Envió a su jefe el acceso a la carpeta donde guardaba las últimas versiones y dio por culminada su labor del día. Sentía cierto alivio al no tener pendientes y, por el

momento, no se preguntaba si aguantaría una semana sin trabajar; la verdad era que llevaba tres años haciéndolo de corrido o con muy breves interrupciones.

Kenny volvió de la cocina con las manos vacías.

—Supongo que no compré suficientes cervezas. ¿Te molesto si te pido que me acompañes a buscar más? De hecho, podríamos cenar en el pueblo si ya enviaste ese famoso correo que te tenía tan apurada.

—¿Sabes qué? Te acepto la invitación..., en especial porque tengo hambre y no pienso cocinar ya. Solo que vas a dejar que me arregle; parezco una desquiciada en estas fachas y no pienso dejar que me vean así en el pueblo, no a la nieta de doña Magdalena. Y sí, ya envié ese correo.

—¿No te importa que yo te vea «desquiciada», como dices? —preguntó aguantando una carcajada.

—Tú eres... Kenny. Es decir, creo que ya me viste en mis peores fachas.

—En eso tienes razón...

Ella lo golpeó con uno de los cojines anaranjados, y ambos rieron de buena gana. Acordaron encontrarse en la entrada de la casa, dentro de media hora, para ir juntos al pueblo.

Capítulo 4

Solange volvió a su casa y una extraña sensación de vacío en su estómago se había instalado hacía rato, como si la emoción del reencuentro siguiera allí alojada como inquilino permanente. Se dio una ducha y, al cambiarse, escogió un vestido de *jean* con falda corta. Luciría sus piernas sí o sí. Creyó recordar que una vez, en aquel último verano, mientras montaban patines, Kenny había dicho algo lindo de sus piernas —en inglés, por supuesto, así que ella no podía recordar si era bueno o malo, pero al menos había dicho algo; eso era seguro—. No sabía por qué había pensado justamente eso; de todos modos, se puso el vestido.

Normalmente, no usaba mucho maquillaje. Delineador azul en los ojos, tinta líquida roja en los labios y, solo por esta vez, también puso un poco de rubor en sus mejillas. Peinó su cabello, lacio y negro con las puntas teñidas de azul, hacia abajo, bordeando sus hombros; más temprano, esa noche, lo llevaba envuelto en un moño hecho al descuido y ni siquiera se había visto al espejo antes de salir. Posiblemente, el aspecto de su cabello sería el mayor impacto; antes, cuando eran chicos, siempre lo tenía debajo de la cintura.

Se puso unos deportivos, no quería tropezar entre tantas piedras,

y caminó hacia la entrada. Él esperaba fuera, con su *jeep* de dos puertas con las luces encendidas e intermitentes. Tal vez ella había salido un par de minutos después de la hora acordada, pero ¿quién estaba mirando el reloj? Subió con dificultad al todoterreno; la falda era lo suficientemente estrecha como para hacerle la vida imposible. En una cartera diminuta llevaba su tarjeta de crédito y el celular. Él tenía la misma ropa de antes y su pelo estaba seco, tan negro como ella lo recordaba.

—Cortaste tu cabello...

Fue lo primero que dijo.

—Ahora me gusta corto.

—No sé... —titubeó moviendo la cabeza de un lado al otro—. Me gustaba largo.

—Deja crecer el tuyo... —Él estalló en una carcajada y ella lo siguió sin saber bien por qué se reía—. Quiero decir... No es personal, no eres el primero que lo dice. Creo que acostumbré a todo el mundo a verme con el cabello muy largo y, cuando me lo corté, fue como si todo el mundo me cuestionara, como si no fuera yo. Es decir, sigo siendo yo.

—Creo que tu cabello era algo importante de ti. No digo que no se te vea bien, solo digo que me gustaba largo. Pero tienes razón, es a ti a quien debe gustarle largo. Voy a concederte eso. Supongo que a ti también te gustaba el mío antes. Mi cabello largo, quiero decir.

—No me gustaba particularmente antes, como tampoco me gusta particularmente ahora. Es... es tu cabello.

—Tampoco hay que ser hipócritas. Ya somos adultos... Amabas mi cabello.

Rio y entonces giró la cabeza como si agitara una cabellera invisible, y ella estalló en risas.

Llegaron a un pequeño restaurante con mesas al aire libre. Se

sentaron en la terraza, en una mesa rústica hecha con troncos; pidieron la especialidad de la casa y un par de cervezas. La noche estaba fresca pero no demasiado fría, y entonces él mencionó aquel último encuentro, uno que ella había olvidado o que pensaba haber olvidado.

—Me hubiera encantado que pudiéramos entrar aquí en aquella época. Creo que tenía otro nombre, pero ¿te acuerdas de que decíamos que, cuando tuviéramos nuestro propio dinero, vendríamos a comer?

—Vinimos. Solo a mirar, pero vinimos. No había pensado en eso hace años. Yo ya te conté como terminé estudiando Diseño en vez de Administración Hotelera. Tú, en cambio, no me has contado nada de por qué pasaste de ser estudiante de Medicina a granjero tropical.

—Es curioso que Keyla terminara siendo la doctora de la familia, ¿verdad? Con lo miedosa que era... Aún no está haciendo su especialidad, pero por lo menos ejerce. En cuanto a mí, no creas: terminé la licenciatura y no lo cambiaría por nada, pero decidí estudiar negocios y no entrar a la escuela de medicina.

—¿Cómo estudias algo por tantos años y vienes a sembrar fresas aquí?

—¿Y tú qué haces exactamente aquí?

—¿Vas a cambiar el tema para no responder mi pregunta? No. Responderás primero.

—Bien. Pero luego me dirás por qué de verdad estás aquí, y sé que no es por eso de la remodelación de la casa. En mi caso, es una historia larga que haré muy corta. Convencí a mi papá de invertir en una fábrica de jugos y mermeladas en casa; con toda la tierra que tenían mis abuelos, podíamos sembrar aquí para llevar las fresas a Estados Unidos. Por unos años funcionó bien, pero después, cuando

mis abuelos decidieron jubilarse, iban a vender la finca y decidí comprarla yo. A largos pagos, por supuesto.

—¿Compraste todo?

—Mi papá y yo. Él se encarga de las ventas en Estados Unidos y yo estoy aquí, a cargo de las fresas.

—¿Y fue tan simple? Quiero decir, mis padres siempre quisieron que yo estudiara Medicina. Creo que aún lamentan que no lo hubiera hecho. Ser médico, para ellos, es... lo más importante que alguien puede ser.

—¿Y qué piensas tú?

—¿Yo? Que me da igual, quiero ser feliz. Ser médico no me da felicidad, lo que hago sí.

—Pues ahí lo tienes. Me pasa igual, quiero ser feliz. ¿Ya me dirás por qué, siendo tan feliz en la ciudad, viniste al campo cuando ambos sabemos que podías decir que no?

—Ni yo misma lo sé..., y esa es la pura verdad.

El resto de la noche, Solange y Kenny la pasaron en grande recordando lo necios que eran ambos en su juventud, lo libres que podían ser cuando nadie los vigilaba, y todo lo que soñaban ser una vez adultos. Mucho de eso no había quedado más que en sueños, pero algunas cosas todavía podían hacerse realidad.

Cenaron y tomaron juntos un par de cervezas; hablaron sobre el pasado, un poco sobre el futuro y casi nada sobre el presente. Cuando Kenny dejó a Solange en la casa, ambos estaban más que felices del reencuentro y, aunque la noche terminó pronto, los sueños no hicieron más que comenzar.

Solange entró a la casa tras la breve despedida de su vecino, que sonrió con ternura al dejarla en la puerta. Ella sonrió también, una vez sola. Recordó, al ver su computadora sobre la mesa, el correo electrónico que, por suerte, había llegado a enviar. Vio su teléfono y

encontró el mensaje acusando recibo; no había mirado el aparato en toda la noche, mientras estaba con Kenny. Eso era algo nuevo para ella. Se encontró con un mar de mensajes: de sus amigos, de sus padres, de su tía, de extraños. Por lo visto, aquel sábado en la noche, todos tenían algo que decir.

No miró en detalle ninguno de los mensajes, los dejó sin leer y puso a cargar la batería del teléfono. Se sentó en uno de los inmensos sillones de cuero del salón luego de hurgar, por un buen rato, en un baúl donde su tía solía guardar viejos álbumes y cintas de video en VHS, DVD, y toda clase de portarretratos electrónicos que ya no eran parte de la decoración. Muchos, heredados de su abuela, y otros, añadidos por sus padres a la colección. Le apenó ver que, en su chimenea, distinto de la del vecino, no había nada que recordara a su familia; solo algunos premios de su tía, un par de figuras decorativas sin forma definida y unos cuantos elementos arquitectónicos en miniatura.

Buscó un álbum en particular. «Verano con los nietos», decía un pequeño letrero en la portada, escrito con una caligrafía perfecta en felpa negra. Ya en el sillón, con el álbum sobre las piernas, abrió la primera página, y las fotografías comenzaron a materializarse en sus recuerdos como una película que se presenta por primera vez en pantalla grande.

Pasó una docena de páginas hasta que lo encontró: Kenny. O, mejor dicho, una versión adolescente de él, con el cabello alborotado y largo, camiseta sin mangas, patines de línea, brazos cruzados y una expresión desafiante. A su lado, Keyla y Solange reían, cada una con un solo patín y el otro pie descalzo. Matty y Trini hacían poses de modelo y parecían a punto de caerse. Detrás de ellos, un inmenso samán les daba sombra en el parque central del pueblo. Había algo en la mirada de Kenny que le resultó imposible

de ignorar. Sus ojos, intensos, enfocados en ella, no en la cámara. Cerró el álbum con más fuerza de la necesaria. Ahora las fotografías estaban guardadas en aparatos digitales y en páginas web. Aquella insistencia de su tía en imprimirlas comenzaba a tener algo de sentido.

Se levantó y fisgoneó en una de las cajas donde la tía Nancy guardaba todo lo «viejo pero con potencial de volver a ser útil». Allí encontró un reproductor de cintas de DVD. Su tía se lo había mostrado años atrás, junto con una caja de DVD y de cintas de cámaras de video. Algunas estaban marcadas con rotulador: «Verano 2012», «Campamento», «Vacaciones 2014». Tomó esa última y conectó todo en la sala. Las imágenes se veían con calidad cuestionable en la pantalla del salón. La voz chillona de Matty llenó el espacio: «¡No grabes eso, Kenny! ¡BORRA ESO!».

Solange no pudo evitar reír. La cámara tambaleaba capturando a un grupo de adolescentes que armaban una fogata. Trini llevaba el pelo en dos trenzas; Matty trataba de hacer malabares con linternas; y allí estaba Solange, de espaldas y con su larga melena suelta, cantando algo mal entonado mientras Kenny la enfocaba. La cámara se detuvo un segundo en su rostro cuando ella se giró sorprendida. Un silencio incómodo se apoderó de la imagen. Luego, la cámara bajó, como si Kenny se hubiese apenado de haberla mirado demasiado.

El corazón de Solange latía con una mezcla de asombro y nostalgia. No había visto aquel video. Debió haber quedado guardado por su tía en aquella caja de recuerdos.

Luego, todos se sentaron alrededor de la fogata y la cámara siguió grabando desde el suelo. Kenny se integró al círculo, y la tía Nancy comenzó a contar una historia de terror.

Capítulo 5

Verano 2011

Jarabacoa, República Dominicana

La lluvia caía con timidez por el camino. Kenny y Keyla visitaban, por primera vez, la nueva casa en el campo de sus abuelos. Sus padres habían viajado con ellos desde Miami con la intención de dejarlos establecidos y volver a la casa dentro de unos días. Los gemelos de catorce años pasarían dos meses en el campo, aislados, todo lo posible, de la tecnología a la que estaban acostumbrados.

Los Peters, un técnico agrícola estadounidense y una enfermera dominicana, habían unido sus vidas hacía más de veinte años. Vivían en Estados Unidos y sus hijos solo habían ido en vacaciones, por muy breves períodos, a la ciudad de Santo Domingo, capital del país del que era originaria Ana Peters, antes Ana Tiburcio. Habían ido, también, a alguno de esos hoteles con parques acuáticos en Punta Cana y, una vez, a uno en Puerto Plata, donde nadaban delfines. Nunca habían pasado más de una semana en el país de su mamá, y mucho menos en la casa donde ahora vivían sus abuelos, en el pueblo montañoso de Jarabacoa.

Kenny estaba más que molesto por la decisión «absurda» de

separarlo de los videojuegos, y Keyla estaba decepcionada de no pasar sus veranos como siempre, en el campamento de verano artístico y patinaje sobre hielo. El camino desde el aeropuerto fue silencioso, y los gemelos iban sumergidos en la música de sus auriculares. No notaron cuando, al anochecer, las rejas de madera de la casa se abrieron; tampoco se dieron cuenta del momento en que la miniván del transporte se detuvo y los adultos bajaron.

Llegaron tarde. La noche caía con prisa sobre el campo. Luego de salir de sus cuarteles personales y saludar a sus abuelos, observaron con curiosidad aquella cabaña construida por completo en madera —piso, paredes y techos—, con gruesos troncos de caoba y cedro distribuidos en un inmenso salón central con mobiliario rústico y sin más, en las paredes, que algunos cuadros de paisajes con flamboyanes. Una chimenea de piedra al centro, apagada, y muchas fotografías colgadas en todo el muro superior. Una lámpara de luces cálidas con formas de campanillas se desprendía como un ramillete desde el techo. Los muebles, también de madera, destacaban por los mullidos cojines en color vino y mostaza.

—¡Mañana estarán de mejor humor! En la casa de los vecinos, hay un grupo de adolescentes —aseguró la abuela.

Y así fue. La algarabía de una alberca improvisada en el patio de la familia de al lado llamó la atención de los jovencitos, que escudriñaban, a través de los árboles, a un grupo de jovencitas que jugaban con globos de agua. La abuela, atenta a sus nietos, no esperó mucho para llevarlos con los vecinos.

—¡Magdalena! Son mis nietos, de los que te hablé. Keyla y Kenny hablan en perfecto español. Aunque casi no quieren hacerlo, supongo que tu nieta y sus amigos los obligarán.

Keyla, mucho más entusiasmada que Kenny por conocer a los vecinos, ya llevaba puesto el bañador porque había planeado darse

un chapuzón en el *jacuzzi* climatizado del patio de sus abuelos; sin embargo, la alberca de plástico y los globos de agua se veían mucho mejor.

Cuando los hicieron pasar al jardín trasero, el grupo de colegialas en camisetas y pantalones cortos gritaban sin darse cuenta de los visitantes, mientras se arrojaban agua con una regadera. Kenny fijó sus ojos en la chica de larga trenza negra que lucía un poco más alta que las otras dos. Tenía una camiseta amarilla y unos vaqueros azules cortos completamente mojados. Un bañador de florecitas rosa quedaba al descubierto tras la ropa húmeda. La vio soltar un globo de agua en la grama cuando su abuela la hizo venir a saludarlos. Cuando se acercó y pronunció aquel «*Hello, my name is Sol like the sun*»[6], Kenny supo que su voz sería lo más molesto y chirriante que escucharía aquel verano. Con cara de pocos amigos, convenció a su abuela de volver a la casa, y solo Keyla se quedó jugando con las vecinas de al lado. Y así fue el resto de los días.

Hacía lo posible por pasar tiempo con su abuelo en la finca, aprendiendo sobre las distintas frutas que podían sembrar y, de vez en cuando, montando patines en el parque. Una vez, Keyla lo convenció de acompañarlas en una excursión al río, e incluso montarían a caballo. Irían con Nancy, la tía de Solange. Kenny nunca había ido al río. Pese a lo insoportable de la compañía, Kenny decidió ir. La tía Nancy era, en realidad, muy simpática; no podía negar eso. Hablaba en inglés con él de forma fluida y no lo obligaba a hablar en español, como sí lo hacían sus abuelos.

Durante esa visita al río, Kenny conoció mejor a la tía Nancy, que apenas y pasaba los veinte años. Sentía mucha más afinidad con ella que con cualquiera de la tribu de chiquillas que los acompañaba.

—Kenny, ¿no piensas entrar al río?

—Cuando ellas salgan...

—En unos años te prometo que las cosas serán un poco al revés.

—¿En qué sentido?

—Ya lo verás. Oye, Kenny, ¿te gusta leer?

—¿A quién le gusta leer?

—¡Pues yo esperaba que a ti! Estoy escribiendo algo y necesito que alguien lo lea. Mi sobrina Sol me ha prometido leerlo muchas veces, pero nunca lo hace.

—¿Es de historia? No me gusta la historia... Tal vez a ella tampoco.

—Es de terror... y está inspirado en hechos reales. ¿Te contaron tus abuelos sobre lo que dicen de estos ríos?

—¿Terror? Mis abuelos no me han contado ninguna historia de terror...

—De vez en cuando, por las noches, aparece por el bosque una mujer hermosa, de cabellos largos, pero con una risa diabólica. Sus pies están al revés. Más de una vez, con sus manos largas, atrapa a alguien y se lo lleva dando enormes saltos por entre las rocas y los árboles. Sus chillidos y su risa siniestra se escuchan a lo lejos. En fin, mi historia se trata de una de esas criaturas misteriosas que viven en este bosque. ¿Me harías ese favor? Tenemos una oportunidad de presentar nuestro trabajo a editoriales extranjeras en una feria de mi universidad. De verdad me ayudarías porque la escribí en inglés para tener mejor oportunidad de publicarla.

—Si es de terror..., pues sí.

—¡De acuerdo! Ahora, por amor de Dios, métete al río. Prometí a tu abuela que te convencería de bañarte y, si llegas con esa melena tuya tan seca como me la llevé, voy a perder popularidad con doña Lucía.

Kenny rio y terminó por meterse al río. El cuarteto de chicas que esperaba en el agua comenzó a salpicarlo de buena gana. Más

tarde, esa noche, Kenny inició la lectura de *Ciguapa*, la novela que se convertiría, años después, en el primer *best seller* de la tía Nancy.

A partir de ese día, Kenny acompañó a Keyla a la casa de los vecinos. Conversaba con la tía Nancy sobre la novela y, de vez en cuando, echaba un ojo a lo que hacían las chicas. Una de esas tardes, habían acordado ver una película de terror; Keyla había convencido a Kenny de quedarse. Trini, Matty y Keyla fueron a la cocina a preparar palomitas de maíz mientras Solange buscaba el DVD.

—*You should read it, you know?*[7] —dijo Kenny acomodándose en un sillón.

—*What?*[8] —respondió Solange molesta porque no entendió del todo lo que había dicho.

—¿Qué? ¿No sabes inglés? El libro de tu tía... es bueno, a menos que seas una de esas miedosas que deben dormir con la luz encendida.

—No soy una miedosa. Y no me hables en inglés. Aquí hablamos en español.

Kenny se rio de buena gana. El resto de la tarde se la pasó asustando a Solange en cada oportunidad. Algunas veces, también asustaba a su hermana y, otras, a Trini y a Matty, pero casi siempre a Solange.

Poco pensaba Kenny en que aquellas atenciones especiales, para Sol, eran algo más.

Capítulo 6

Domingo por la mañana, 2024
Jarabacoa, República Dominicana

El sol se paseaba entre las ramas más altas de los pinos y rebotaba en los cristales de las ventanas. El aroma a tierra húmeda era evidencia de que el rocío había besado el campo más temprano. La cabaña estaba callada, excepto por alguna abeja que se aventuraba, lejos de su colmena, en las enredaderas de buganvilias moradas que colgaban del segundo piso, justo en el balcón del cuarto donde dormía Solange.

Despertó enredada en el edredón, con una camiseta negra de su grupo de rock favorito que le llegaba a la mitad del muslo. Estiró los brazos con pereza y miró hacia el techo de madera, que crepitaba suavemente. En su cuerpo había una mezcla de descanso y desorden. El tipo de desorden que deja una conversación que se extiende más de la cuenta, o el de ver fotos y videos de una época que había guardado en el último cajón de sus recuerdos, quizás de forma involuntaria o, tal vez, a propósito por la imposibilidad de desarrollar aquella historia un poco más.

La noche anterior con Kenny había sido... normal. Habían reído.

Habían recordado. Habían hablado. Nada fuera de lo común, si no fuera por el hecho de que no se veían desde hacía más de una década. Y, sin embargo, el tiempo entre ellos parecía haber tomado un atajo. La molestaba igual que antes, la miraba igual que antes y ella sentía mariposas al verlo, igual que antes.

Se sentó al borde de la cama y buscó su celular. La pantalla se encendió con una fila de notificaciones: mensajes de sus amigas, de su mamá, de su tía... y dos llamadas perdidas de Dany. Frunció el ceño con incredulidad. No podía ser que quisiera hablar de trabajo un sábado en la noche.

El contacto entre ellos había ido disminuyendo lentamente desde su ruptura, pero en el trabajo las conversaciones eran inevitables y demasiado frecuentes. Lo suyo había terminado de forma tranquila, casi sin pelea, con mucha más tristeza de la que Solange había querido admitir; se había acostumbrado a tenerlo cerca, a consultarlo, a contarle sueños. Él había seguido con su vida, o eso parecía, así que no esperaba esa llamada. Es decir, él solo podía llamarla por algo de trabajo, ¿no?

Suspiró y fue directo a la cocina, mientras el celular vibraba, de nuevo, en su mano. Era él. Contestó.

—¿Hola?

—Sol..., ¿todo bien?

Su voz estaba cargada de una urgencia que no entendía.

—Sí. ¿Por qué no estaría bien?

—Es que... no sé. Te he escrito desde ayer. Vi las historias del *brunch* de Matty... No estabas.

—No fui —respondió mientras abría la nevera para sacar una botella de agua fría.

—Ya lo vi. Pero entonces pensé que saldrías en alguna historia de la noche. Trini subió un video. Matty también. No estabas en

ninguna historia. Y tú siempre apareces en alguna... No sé, me pareció raro.

Solange se apoyó contra el mesón. Su voz sonó más cortante de lo que pretendía.

—¿Ahora monitoreas en qué historias aparezco?

—No, Sol. Solo... No sé, me preocupé y le escribí a Matty.

—No tienes que preocuparte, y NO tienes que escribirle a Matty.

—Aun así, lo hago. —Hubo una pausa—. ¿Estás en Jarabacoa?

Solange se quedó en silencio por un segundo. No la sorprendía. De seguro Matty, su gran defensora, le había contado.

—Sí. Vine a ayudar a mi tía.

—¿Por qué no me dijiste?

—Dany..., no entiendo tu llamada. Pedí vacaciones; si te preocupa algo del trabajo, anoche ya entregué las versiones finales a Rafael. Están en el fólder compartido.

—Ya lo sé —respondió con un tono dolido que trataba de disfrazar.

Solange entornó los ojos. Imaginaba todos los lugares a los que podía ir esa conversación y no quería seguirla.

—Estoy sin internet, por eso no viste nada mío. La casa está desconectada. Literalmente. Solo tengo señal de celular y eso, a ratos.

—¿Y por qué no lo resolviste?

—Porque llegué ayer. Fue de sorpresa. Mis papás están en París, dejaron todo a medias. Supongo que esta semana lo resuelvo.

Del otro lado, no había respuesta.

—¿Estás sola?

—Sí —dijo automáticamente.

Una parte de ella sintió el peso de esa respuesta. No estaba mintiendo, técnicamente: estaba sola en la casa. Pero, la noche anterior, había estado todo, menos sola.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Estoy bien, Dany.

—¿Segura?

—Dany..., ¿a qué viene esto?

—No lo sé. Quizá, a que..., cuando te vi el viernes..., pensé en ti más de la cuenta. En que, tal vez, no sé... Tal vez, si no estás en la oficina, no pasa nada, pero cuando te veo...

Solange sintió una punzada en el pecho. No quería oír eso. No ahora. No cuando su mundo emocional ya estaba lo suficientemente revuelto. No cuando la voz de Kenny todavía le retumbaba con sus palabras sueltas en inglés, con el solo objetivo de fastidiarla.

Justo en ese instante, escuchó el timbre de la entrada. Alguien estaba tocando abajo.

—Dany, tengo que colgar. Hay alguien en la puerta.

—¿Quién?

—No lo sé. Estoy en una cabaña en medio del monte. Probablemente, un leñador o, quizás, un asesino en serie.

—Sol...

—Luego hablamos. Te llamo después, si puedo.

Colgó antes de escuchar su respuesta.

Un poco inquieta, se acercó a la puerta. Miró por la ventana lateral y, al ver quién era, sintió que el corazón le hacía un pequeño giro inesperado.

Su visitante tenía *jeans* gastados, una camiseta blanca y un termo en la mano. Tenía cara de «Buenos días» y de «Me desperté con energía», lo que solo servía para irritarla y encantarla al mismo tiempo.

—*Hello* —dijo cuando Sol abrió la puerta—, *do I bother you*?[9]

—Un poco —respondió ella sin pensar.

Él sonrió.

—¿Tu cara siempre dice la verdad?

—No siempre —replicó cruzándose de brazos, intentando cubrir el hecho de que no llevaba más que una camiseta que no le alcanzaba, ni de lejos, las rodillas.

Kenny levantó el termo.

—Café y tostadas. Pasé por la panadería antes de ir al invernadero. Pensé que quizás...

—Quizás, no tenía café. O azúcar...

—Quizás, no tenías ánimo de hacerlo tú misma. Porque sí bebes café, ¿no? Antes bebías café. Por lo menos, café con leche. Me acuerdo de que odiabas cuando se enfriaba y se hacía nata. Tu abuela te obligaba a beberlo de todos modos.

Solange suspiró con aquel recuerdo que, aunque no muy agradable, hubiera pagado todo por repetir. Se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Gracias, aceptaré el café solo porque no tiene leche —dijo ella y se sentó en uno de los taburetes de la isla de la cocina, cerrando las piernas como podía, mientras él servía café en dos tazas desiguales.

—¿Dormiste bien?

—Sí..., pero desperté mal.

—¿Trabajo?

Él la miró curioso.

Solange no respondió de inmediato. Dio un sorbo al café y cerró los ojos. El sabor era justo lo que necesitaba: fuerte, oscuro, ligeramente amargo.

—Algo así, una llamada imprudente —dijo al fin.

Kenny asintió. No preguntó más.

—¿Tienes planes hoy? —preguntó Kenny, cambiando de tema.

—Aparte de sobrevivir sin internet..., ninguno en realidad. Pensaba leer la última novela de mi tía.

—¿Quieres que revise tu conexión?

—No servirá de nada. Debo esperar a mañana. No se trata de un problema de conexión, sino de reconexión —dijo ella encogiéndose de hombros y esperando que él no preguntara nada más.

—En ese caso, ¿quieres venir a la finca? Hoy cortamos las fresas que se exportan. Puedes ver todo el proceso. Y, si me haces el favor de tomar algunas fotos, podría usarlas para actualizar la web. Mi fotógrafa, al final, no va a venir.

—¿Hay wifi allá?

—No, pero hay muchas fresas.

Solange no respondió de inmediato. Miró su celular, la batería estaba baja. El mundo afuera estaba apagado. Y, de repente, ese silencio que tanto la incomodaba... no le parecía tan malo si lo compartía.

—Voy a cambiarme. Espérame afuera.

Kenny se inclinó y dio un golpecito con los nudillos sobre la encimera.

—Te espero.

Ella lo miró, pero él ya había girado sobre sus talones y estaba de camino a la galería exterior con su termo en mano. Cuando Sol subió a la habitación, se vio de frente en el espejo colgado en el descanso de la escalera. Tenía el cabello despeinado y las puntas azules alborotadas a más no poder, lágrimas secas en los ojos y la huella rosa del labial de la noche a medio quitar solo en su labio superior. De su oreja derecha colgaba un arete de medialuna, de la otra no. Y un hoyuelo que no había visto antes sobresalía en el hombro izquierdo de su camiseta. Todo un encanto que hubiera avergonzado a su generación.

Gruñó por haberlo dejado entrar y verla en aquellas condiciones, tenía que contrarrestar aquella imagen terrible. Puso el celular a

cargar y se dio una ducha. Buscó un vestido largo de flores amarillas, pero sin mangas, una chaqueta de *jean* y sus zapatos deportivos blancos. Se peinó y encontró el arete perdido. Se puso labial y maquilló sus ojos con un lápiz azul. Cuando bajó, había pasado media hora.

—No sé si mencioné que quiero cortar las fresas hoy..., pero están maduras. Si esperamos mucho más...

—Ja, ja, ja... No me tardé nada. Vámonos... —ordenó ella burlándose de él, que seguía con las gafas de sol, esperando sentado en la mecedora de la galería.

Desde la carretera de tierra, se podía ver cómo el paisaje cambiaba poco a poco. Los pinos altos daban paso a extensiones más abiertas, y el olor de la montaña se volvía más penetrante conforme descendían hacia el valle. La finca estaba rodeada por una baja cerca de madera y, solo unos cuantos pasos después, se desplegaban hileras e hileras de plantas de fresa. El terreno no era completamente plano. Tenía leves pendientes y curvas suaves, como si la naturaleza se hubiera esmerado en hacerlo fotogénico. Al final del paisaje, un grupo de trabajadores con sombreros de ala ancha caminaba entre los surcos, agachándose de vez en cuando para cortar las fresas maduras con movimientos casi coreografiados.

El aire estaba impregnado de un aroma dulce que Solange no esperaba. El rocío de la mañana aún no se había evaporado por completo, y las gotas brillaban como pequeños cristales sobre las hojas verdes —algunas, cubiertas de pelusa suave—. Al caminar entre los surcos, el suelo se sentía firme pero húmedo, tapado con un acolchado negro de plástico que protegía las plantas.

Kenny caminaba con seguridad, reconociendo cada palmo del lugar, señalando cada pequeño detalle. Saludaba a los trabajadores por su nombre y, de vez en cuando, se agachaba para inspeccionar

una planta o mostrarle a Solange alguna fruta particularmente perfecta.

—¿Ves esta? —dijo levantando una fresa de un rojo profundo y brillante—. Está lista para exportar. Firme, jugosa, sin manchas. Las que no tienen el tamaño adecuado las usamos para jugo o mermelada. Nada se pierde. Prueba y dime si es lo suficientemente dulce...

Solange tomó la fruta con cuidado. La piel estaba fría al tacto, casi húmeda. La acercó a la nariz y la olió. Era una fragancia real. Viva. Le costaba creer que ese aroma pudiera salir de algo tan pequeño. Le dio un mordisco y el jugo se deslizó por sus labios; no había probado antes una fresa tan jugosa.

El rumor de conversaciones que se perdían entre los surcos llegaba hasta ellos como un eco. Solange, después de un rato, se quitó la chaqueta y la amarró como pudo en su cintura. El sol de la mañana ya empezaba a calentar, pero el aire seguía siendo fresco. Se agachó junto a una de las plantas, imitando a Kenny, para cortar una fresa y entonces, sin esperarlo, sintió paz. Una paz que no venía del lugar en sí, sino de esa desconexión que ella tanto había temido. Allí no había notificaciones, ni reuniones, ni alertas. Solo el rumor de los trabajadores, el canto de los pajaritos y el sonido tenue del plástico bajo los pies.

—¿Pensabas que era así? —preguntó Kenny, sin mirarla.

Solange negó con la cabeza.

—No. Pensaba en filas de frutas como en el supermercado. Nunca imaginé esto.

—Así es con todo. Hasta que lo ves de cerca, no lo entiendes.

Ella lo miró de reojo.

—¿Lo dices por las fresas... o por ti?

Kenny se rio.

—Por las fresas... y, tal vez, por mí.

—Este lugar es increíble, ¡tienes que hacerme unas fotos! —dijo ella de súbito, poniéndose de pie.

—¡Pensé que era al revés!

—¡Mi celular!

Solo entonces Solange pensó en que había dejado su teléfono conectado al cargador en la casa. Ambos rieron de buena gana. Kenny tenía el suyo, así que hicieron las fotos con ese. Su publicista le había dicho que necesitaba nuevas imágenes para sus redes sociales, y él había accedido siempre que pudiera ser tal como era en la realidad. Una camiseta blanca y vaqueros, sus gafas de sol y una tableta donde llevaba las cuentas.

«Nada de montajes, la gente quiere ver quién está detrás de las fresas. Sin filtros. Autenticidad. Campo. Tierra. Haz lo que diga Diana...». Solange escuchó el mensaje de voz de la publicista que Kenny reprodujo, y cortó abruptamente.

—Pues eso que oíste... ¿así como estoy está bien? —preguntó Kenny, ajustándose las gafas, mientras se paraba al borde de uno de los surcos.

Solange entrecerró los ojos para medir la luz de la mañana. Era suave todavía, porque apenas eran las diez, perfecta para una serie de retratos naturales. La neblina se había disipado y el sol jugaba con las sombras de los invernaderos.

—Te ves bien, pero pon cara de que te van a dar un premio. Mira aquí como si estuvieras haciendo algo útil —bromeó ella, apuntándolo con el celular.

Kenny soltó una risa grave, relajada, y se agachó junto a una planta.

—Así mejor. ¿Quieres que ponga cara de agricultor pensativo?

—Dios mío, no —dijo ella riendo—. No actúes. Solo... sé tú.

—*Fine, kiddo...*[10]

Y entonces comenzó a disparar.

Primero, una toma a media distancia. Mientras Kenny revisaba las fresas con los dedos, que levantaban las hojas con cuidado, el sol caía oblicuo sobre sus hombros. La tierra oscura contrastaba con el blanco de su camiseta y el verde vibrante de las hojas.

Luego, un poco más cerca. Las gafas oscuras le daban un aire serio, pero no inalcanzable. Solange cambió el ángulo, poniéndose en cuclillas para capturarlo desde abajo, con las montañas como fondo. En una de las fotos, él miraba hacia el lado opuesto, y su perfil quedaba recortado sobre el azul del cielo. Era una imagen que parecía sacada de una campaña internacional, pero sin artificio.

—Ahora quítate las gafas —dijo ella al levantarse y señalar su cara.

Kenny obedeció sin decir nada. Las sostuvo con una mano.

—¿Sabes? —comentó ella mientras tomaba otra foto—. Nunca te imaginé como alguien que manejaría una empresa. Mucho menos una finca.

—Yo tampoco. Hasta que lo hice —dijo él—. ¿Sabías que aquí sembramos dos variedades de fresa?

—¿En serio?

—Albión y camarosa. Todas tienen un sabor y textura diferentes. La San Andreas es la favorita para mermeladas; la Festival, para exportación porque resiste más el viaje. La Albión es más delicada, pero mucho más dulce.

Solange sonrió detrás del celular. No por las fresas, sino por el tono con que hablaba de ellas.

—Eres bueno en esto —dijo sin pensarlo.

Kenny alzó la vista.

—Gracias. Y tú eres buena con esto también —dijo señalando su

celular—. Ya no haces diseño, ¿verdad?

—Hago, pero no como antes. Ahora, más dirección de arte. Superviso, presento ideas... A veces, extraño solo crear.

—Pues hoy estás creando —dijo él con una sonrisa.

Ella bajó el teléfono.

—Sí, y me gusta.

Kenny se quedó mirándola un momento más.

Solange volvió a tomar el celular y lo enfocó de nuevo. Esta vez, no dijo nada. No le pidió que posara. No le indicó cómo pararse ni qué expresión poner. Solo capturó el momento. Kenny, mirando al campo, con los surcos detrás de él y con una expresión tranquila, serena. Como si, por fin, estuviera exactamente donde debía estar.

Y por un segundo se preguntó si eso también aplicaba para ella.

Capítulo 7

Cuando Kenny dejó a Solange en la casa, pasaban de las cuatro de la tarde. Se les habían ido las horas hablando en el almuerzo, incluso habían llamado por video a Keyla y había conocido a los gemelos. Keyla ya sabía, por Kenny, del reencuentro y la había solicitado como amiga en Instagram. Solange no había revisado sus redes sociales, así que debía esperar.

Cuando se despidieron, fue casi como llegar al final de un libro que no se quiere terminar. Kenny la miraba en silencio, le agradeció las fotos y la compañía, y se fue. Ella entró y sintió que un día maravilloso e irrepetible estaba transcurriendo. Subió a la habitación y encontró su teléfono cargado al cien por ciento, y con un par de llamadas perdidas de Dany y otras tantas de Matty.

Los grupos de WhatsApp tenían mensajes que le tomarían el resto del día leer, así que prefirió no empezar. Se fue directo al Instagram y aceptó las solicitudes de Kenny y de Keyla, que llevaban esperando, por lo visto, desde el día anterior. La verdad era que, con el usuario que había escogido, para cualquiera de su pasado habría sido difícil encontrarla como «El pincel de Sol», porque nunca posteaba fotos suyas, sino de sus creaciones.

Comenzó a repasar las fotografías de Kenny. Eran pocas y en casi todas había fresas, plantas de fresa, su familia, paisajes, distintas vistas de la cabaña y del río, varias fotos con su hermana y algunas con amigos. No publicaba gran cosa... De pronto, le llegó un aviso de que la había etiquetado en una de sus historias, en una de las fotos que ella había tomado esa mañana. Él estaba de espaldas, viendo el campo; el sol iluminaba todo de forma especial, y la composición era preciosa. Tenía la etiqueta de su usuario después de la frase «Es fácil dibujar sueños con...». Una canción acompañaba la publicación: *Perfect Day*, de Lou Reed. Nunca había escuchado esa canción, se oía como algo que le gustaría a su papá. Le puso un corazón de inmediato.

Una llamada de su tía interrumpió su línea de investigación a través de las fotos colgadas en su muro.

—Hola, tía.

—¡Sol! Siempre andas pegada a ese celular y a mí no me contestas los mensajes ni las llamadas.

—Te dejé un mensaje de voz. Todo bien aquí, excepto por el internet. Salí todo el día y se me quedó el teléfono.

—¡Se acaba el mundo!

—No exageremos, eh... Más fácil se acaba cuando te cuente con quién estaba hoy. Kenny Peters.

—¡Oh! ¡Sí! ¿No te conté que vive al lado? Seguro te lo conté. No hace mucho que se mudó, me lo encontré en Navidad y me contó sus planes. ¿Cómo va con lo de la finca? Hace un par de semanas que no hablamos, me debe la reseña de mi último manuscrito. Me imagino que la vida de campo lo tiene ocupado. Para estas fechas debe estar recogiendo las fresas, según me dijo.

—¿Le das a leer tus novelas? ¿Hablas con él a menudo?

—Es mi mejor lector beta. No diría tanto así como «a menudo».

—¿Y yo por qué no lo sabía?

—La verdad, Sol, no lo sé. Hace unos años nos mudamos muy cerca de su familia aquí, en Miami, y me lo encontré en el supermercado con su papá. Me dijo que había comprado mi libro y, en fin, desde entonces le mando mis manuscritos por *mail*. Supe que no siguió con su carrera de Medicina y, cuando acabó la licenciatura, comenzó a estudiar Negocios, y atiende el negocio familiar. ¿Y qué tal está? ¿Sigue con la novia?

—¿Novia? No vi ninguna novia... ¿Tiene novia?

—Vivía con una la última vez que lo vi. Muy hermosa, una rubia despampanante. Los invité a cenar. No habla una palabra de español. ¿Diana? Creo que se llama Diana. ¿Y tú qué tal? Traté de evitarte el viaje, querida, pero ya ves. La arquitecta llega mañana, ya te dijo tu mamá. Le pedí que hiciera tu diseño exacto en la terraza trasera. Y la alberca... Ese diseño con las piedras lo quiero exactamente igual a tu dibujo. Ella dijo que vería los materiales contigo.

La tía Nancy siguió hablando un rato más. Solange respondía con monosílabos. Buscó el plano que había diseñado en las gavetas del salón, donde su tía lo había guardado, y se concentró en repasar las líneas cuando colgaron la llamada.

Salió, con él en la mano, al jardín trasero para recordar todo. El atardecer caía en las montañas como un manto rosa, y el sol parecía temblar en la distancia. Una voz familiar gritó entre los arbustos que separaban el jardín de la propiedad vecina.

—¿Pondrán la alberca de plástico este verano? Siempre me gustó más que nuestro *jacuzzi* —señaló Kenny del otro lado. Al principio, Solange no contestó. Se acercó con sigilo a los arbustos y, en voz baja, dijo: «Tal vez». Él notó cierta frialdad en su respuesta y, aun así, trató de continuar la conversación—. Pensaba hacer pasta para

cenar, ¿quieres venir?

—La verdad es que debo responder algunas llamadas. Gracias por la invitación. Y por el internet. Aquí llega perfecta la señal, así que podré tener algunas videoconferencias que no puedo posponer. Nos vemos luego...

—OK.

Sol no esperó que él abundara en la respuesta y entró. Todo el asunto de la novia la tenía muy molesta. Ella estaba segura de que él había coqueteado con ella más de una vez ese día; incluso pensó que, al dejarla en la casa más temprano, esa tarde, él habría querido continuar la conversación dentro. Algo se lo había impedido y ella ya había confirmado qué. Estaba enojada por su descaro. Si tenía pareja, no estaba bien que saliera todo el día con ella. No sabía bien por qué estaba tan molesta.

Entró a la casa y se dejó caer en el sillón de la sala, vio los videos sobre la mesa y recordó aquel último verano. Una llamada sonó en su teléfono. Era Dany de nuevo. Esta vez, lo tomó.

—Dany..., de verdad, esto ya raya en lo ridículo. Estoy bien. Que no te responda el WhatsApp no significa que me hayan secuestrado, o algo así.

—Tampoco le respondes a Matty. Mira, sé que no es mi lugar, pero quería preguntarte si crees que deba ir a acompañarte a la cabaña. Puedo trabajar remoto, lo hablo con Rafa.

—¡Estás completamente fuera de sí! No se te ocurra..., escucha bien, no se te ocurra venir. ¡Si no vas a respetarte a ti mismo o a mí, al menos respeta a esa pobre muchacha con la que sales ahora!

—¿Nicole? Eso no es nada serio. Si se trata de eso, ahora mismo la llamo y le digo que ya no más. Es que lo pensé mucho el viernes, Sol... Lo pensé bien. ¿Sabes que hubiéramos cumplido dos años ayer?

—¡Dany, voy a colgar!, ¿OK? Por favor, no hagas esto incómodo. Lo hemos llevado bien en el trabajo por seis meses, nada tiene que cambiar.

—Es que para mí sí cambió, Sol.

Ella apretó el puente de su nariz con dos dedos, como si eso pudiera evitar que las lágrimas que no pensaba permitir se asomaran. Cerró los ojos. Ya no sabía si la molestia era por lo que sentía por Dany, o por lo que no quería sentir por Kenny. O por lo que Kenny no sentía por ella.

—Tengo que colgar. Te lo repito, Dany: ¡no vengas! —dijo, esta vez, con menos fuerza.

Colgó antes de que él pudiera insistir y, después, hizo algo que no había hecho nunca: silenció su número para no recibir sus mensajes.

Tiró el celular sobre el sofá y se quedó de pie en medio del salón, sin saber bien a dónde ir. La casa parecía demasiado pequeña de repente, como si las paredes se hubieran cerrado. Caminó hasta el ventanal de la terraza y lo abrió de golpe. El aire de la montaña entró frío, como una bofetada de realidad.

Lo de Dany era el colmo, pero la noticia de Kenny la tenía más abrumada que la llamada de su ex. ¿Y entonces qué significaba si tenía novia? ¿Y si lo de aquella mañana había sido solo cortesía? Tal vez, solo había querido pasar el tiempo, sentirse acompañado, recordar con nostalgia su adolescencia. No todos los silencios tienen una intención, no todos los gestos significan algo.

Se apoyó en el marco de la puerta y miró hacia el horizonte, donde el sol ya casi desaparecía tras los montes, como una memoria que no se quiere ir e igual se va. Pero los recuerdos de Solange no se iban. Por el contrario, comenzaron a aparecer con infinitos detalles: palabras, olores, e incluso sabores que podía sentir en sus labios de repente.

Una parte de ella se sentía ridícula. ¿Qué esperaba? ¿Un beso al despedirse? ¿Un recordatorio de lo que había pasado ese último verano? Habían pasado ocho años. Y lo único que tenían eran fragmentos sueltos de veranos felices y miradas que tal vez nunca habían significado nada para él; un momento forjado en la oscuridad de una fogata, que ella había luchado por olvidar, segura de que él no lo recordaba. Ese fin de semana, por un momento, pensó que el recuerdo era de los dos, pero ya no sabía qué pensar.

Solange entró, cerró con fuerza la puerta y fue directo al televisor. Puso uno de los DVD del baúl de su tía y se tiró en el sofá sin prestar atención a cuál había elegido. Una imagen granulada llenó la pantalla: un grupo de adolescentes en el río, chillando y empujándose. Ella se reconoció al instante. Tenía el cabello largo y suelto, la piel más tostada, y una expresión inocente que no recordaba haber tenido nunca.

La cámara se movía torpemente, como si el camarógrafo no supiera bien qué grabar. Y entonces la enfocó a ella. Solo a ella. Solange, de espaldas, hablando con Keyla. El clip se cortaba y aparecía, de nuevo, una imagen de la fogata. El grupo era más grande; la cámara estaba quieta en el suelo, grabando a todos. Solange y Kenny estaban sentados uno al lado del otro. Él la miraba, ella reía...

Solange se irguió en el sofá.

—¿De verdad no te acuerdas? —susurró como si el Kenny adolescente pudiera contestarle a través de la pantalla.

Sintió que algo dentro de ella se quebraba sin hacer ruido.

Justo en ese momento, el celular vibró. Era un mensaje directo en Instagram: «Gracias por las fotos. Me gusta como me ves. O como ves el mundo. No lo sé. ¿Cenamos mañana?». Era Kenny.

Solange lo leyó tres veces. El corazón le golpeaba el pecho como

si buscara salir. No había emojis, solo palabras.

Apagó el televisor y se quedó dormida en el sofá, con una inmensa duda en el corazón.

Capítulo 8

El sonido de una insistente campana llenó el salón. Solange apenas se desperezaba cuando escuchó que la puerta se abría y una voz femenina conversaba, con entusiasmo, con otra voz femenina. En el salón, las puertas de cristal que daban a la terraza estaban abiertas y el sol entraba haciendo sombras en el piso de madera. Una mujer con un vestido negro corto acompañaba a la empleada de la limpieza. Llevaba en las manos una tableta; en el rostro, un labial muy rojo y una sonrisa amplia. Sol la había visto antes, no la recordaba tan rubia.

—¡Solange! Hola, disculpa, creo que vine muy temprano, ¿no.? Ocho de la mañana, lo siento, es que debo dejar a los trabajadores instalados y están a punto de llegar.

—Hola, Gabriela. Me das un ratito y me arreglo, ¿OK? Me pasé de hora durmiendo. Hola, Anita, ¿me llevas un café al cuarto de visita?

—¡Vale! Voy mirando algunas cosillas. ¿Me traes a mí un té, Anita?

La empleada asintió con amabilidad, no sin antes decirle que ya habían puesto el internet.

La arquitecta Gabriela Pizzolante había sido la escogida por la tía Nancy para renovar la terraza, construir un *picuzzi* y un jardín

vertical, además de llevar a cabo el diseño de un camino empedrado con un puente pequeño —todo creado por Solange— para el patio. Habían trazado los planos, y ya había varias ideas sobre la iluminación y el mobiliario. La intención de aquellas renovaciones no era otra que rentar la propiedad, hacerla atractiva a turistas; pero, cuando Solange se reunió con la arquitecta, se dio cuenta, por la conversación, de que Gabriela tenía otras ideas.

Cuando terminaron de acordar los horarios y cronograma de trabajo, los primeros obreros llegaron y empezaron a trabajar. Ellas se quedaron en el salón.

—Bien. Cada día comenzaremos a las ocho de la mañana y trabajaremos hasta las seis de la tarde; menos los viernes, que trabajamos solo hasta el mediodía. La mayoría de los trabajos, sin problema, los hacemos entrando desde el patio. Así que, con las llaves que tenemos, no hay problema; pero, los días que debamos trabajar el acceso a la terraza desde el salón, te necesito aquí. Están marcados en el calendario los horarios; así, si tienes que salir, no te planificas para esos días. En ocho semanas estará listo el *picuzzi*, que es lo que más tiempo nos llevará. Así que, a finales de agosto, ya podemos entregar el proyecto.

—Me queda claro.

—Me gustaría que converses con los vecinos de forma amigable para advertirles del ruido afuera algunos días. Los días de trabajos mayores están marcados en el calendario, también los días en los cuales tenemos que cerrar el agua de toda la casa, por si tienes que pedirles a ellos que te permitan usar sus baños, o algo así. Son las personas de las fresas, ¿no? Dicen que el dueño es todo un galán, pero no he tenido el placer de conocerlo en persona. Si me lo presentas, con gusto le cuento yo del proyecto —dijo la arquitecta con tono seductor.

—Esperemos no llegar a eso. Pero, OK, te lo presento y le decimos juntas. Ahora mismo, por favor, me gustaría compartirle el horario de los ruidos y demás.

—Muy bien. Vayamos entonces. ¿Tendrá novia de verdad? En el pueblo me habían dicho que sí, una fotógrafa extranjera que vive en Santiago. En sus redes sociales, no hay nadie..., pero hay hombres así, ¿no? Son tan misteriosos que no puedes descifrarlos por las fotos de su Instagram.

—Supongo que puedes preguntarle directamente —dijo sin ocultar su enojo; un poco, por sus preguntas y, otro tanto, por lo que temía, la respuesta.

—Ya lo averiguaremos. Pues bien, de mi parte, yo estaré pasando por aquí regularmente, pero el supervisor de la obra es quien se quedará todo el día. Es mi mano derecha, así que puedes estar tranquila. Por último, hay algo de lo que quiero hablarte antes de que vayamos a conocer a ese galán de al lado. Se trata de la casa. Lo había conversado con tu tía Nancy, pero ella quiere saber tu opinión y me ha enviado como emisaria.

—¿Algo que tía Nancy no quiera hablar conmigo directamente? Eso sí que me parece extraño.

—Tengo un comprador interesado en la casa. Tu diseño, tal y como lo enviaste con esos videos de inteligencia artificial que conseguiste hacer... Por cierto, luego debes contarme en detalle, porque ¡guau! Pero no nos desviemos: tu diseño lo vio alguien en nuestra web...

—¿Subiste mi diseño a tu web?

—Mi asistente. Pero tranquila, estamos dándote todo el crédito. El punto es que hay una empresa interesada en adquirir la propiedad una vez culminado el diseño. No hemos abierto la conversación, pero es un inversionista ángel, por lo que sabemos. No hay grandes

detalles de su identidad si no se ha concretado el negocio. Hay que hacer la debida diligencia y todo eso que mi contadora insiste en hacer, pero lo importante aquí es saber si ustedes están interesados en vender.

—Gabriela, estoy confundida. ¿Subiste mi diseño a tu web como si fuera una propiedad en venta? ¿Por qué alguien te ofrecería comprar algo que no está en venta?

—A ver... Mi asistente es nueva, una chica muy animada y amable, pero no muy brillante. Hay varias secciones en nuestra página web: proyectos en obras, restauraciones y, por supuesto, alquileres y ventas de bienes raíces que restauramos. Karen asumió que este proyecto de remodelación era para vender, como los demás, así que lo subió en ambas secciones porque pensó que los videos eran reales, ¿entiendes? Lo mandé a remover en cuanto nos llegó el correo con la oferta.

—¿Incluso hicieron una oferta?

—Una muy generosa, Solange, así que se la pasé a tu tía. Es mi obligación hacerlo. Ella habló con tu mamá y tu tío; ambos están de acuerdo en ponerla a la venta porque casi no la usan y sería más fácil que rentarla. Pero Nancy quiere que participes en la decisión porque dice que eres, al final, una heredera de la propiedad, también, indirectamente. Creo que tu mamá quiso que vinieras tú a supervisar la obra para que pudiéramos hablarlo con calma. Así que ya está dicho, te dejo pensarlo. Ahora, debemos continuar con el proyecto porque este inversionista cree que el lugar se ve como el del video. Así que, antes que todo, debemos lograr que se vea así en la realidad.

—Supongo que debo hablar con ellas. Esto es algo que no esperaba para nada.

—Dejo eso en pausa para que nos enfoquemos en lo que nos toca

ahora. Vayamos a la casa de al lado.

—¿Te desayunas algo mientras envío un par de correos arriba, antes de ir donde los vecinos? Anita te prepara algo enseguida.

—Estoy haciendo *keto*, querida. Pero ve, te espero. Estaré revisando que descarguen el resto de los materiales por detrás.

Solange tenía unos pantalones cortos azules y una camiseta blanca sin dibujos. El único adorno que llevaba encima era una cadena plateada, que solo se quitaba para bañarse, con un inmenso búho que exhibía un par de ópalos azules por ojos. Se peinó el cabello hasta dejarlo lacio, con las puntas azules hacia arriba, obedientes en aquella mañana; el frío le hacía bien a su peinado. El flequillo comenzaba a crecer, lo colocó como pudo detrás de sus orejas. Se puso labial rosa claro y un poco de rubor, y lápiz azul en los ojos, como siempre. Se miró al espejo, deseosa de ir a ver a Kenny, pero al mismo tiempo nerviosa porque no quería que se notara su molestia. Tampoco quería que la viera recién levantada, así que se arregló con conciencia y bajó las escaleras para encontrarse con Gabriela.

Todo el tiempo, mientras salía de la propiedad, Gabriela iba hablando de mil temas y Sol pensaba en la oferta. Se preguntaba por qué ni su mamá ni su tía le habían dicho nada, y una persona que era prácticamente una extraña era la que lanzaba una bomba de aquel tamaño.

Ambas caminaron a la cabaña de los Tiburcio y tocaron el timbre. La puerta se abrió con suavidad un par de minutos después. Una señora que atendía la casa asomó con una mirada curiosa.

—¿Sí? —preguntó con cortesía.

—Sí, por favor, Kenny... Quiero decir, ¿el señor Peters está disponible? —preguntó Solange en voz baja y antes de que Gabriela pudiera hablar—. Es cuestión de un minuto, si no está muy ocupado.

—Está en el patio, pero le aviso. ¿Quién lo busca?

—Soy Solange, sobrina de Nancy, de aquí al lado. Vengo poco, por eso tal vez no me conoce.

—¡Ah! Mercedes, a su orden. Ahora busco a don Kenneth. Denme un momentito. ¿Quieren esperar dentro? —preguntó la mujer con una duda en el rostro.

—¡Sí, claro! —se adelantó Gabriela, que pasó sin demora al interior de la casa, con exceso de confianza.

La señora desapareció y dejó a las dos mujeres de pie en el salón. Las había invitado a sentarse, pero Solange había rechazado la oferta y solo se había quedado de brazos cruzados en el medio del salón. Sentía el pulso alterado. A su lado, Gabriela se retocaba el cabello y se ajustaba el escote, muy relajada, mientras intentaba encontrar al dueño de la casa en la colección de fotografías familiares sobre la chimenea.

—Si es la mitad de lo que vi en su Instagram y en las fotos del WhatsApp que me pasó Nancy, esto va a valer la pena —dijo con media sonrisa—. ¿Seguro que no tiene pareja?

—¿Quién? —preguntó Solange, sabiendo perfectamente la respuesta.

—Tu vecino, querida. El señor Peters. Me encantan los nombres de telenovela.

—Honestamente, no lo sé, Gabriela. Ya te dije, puedes preguntarle.

—Bueno, bueno, querida, pero no hay que enojarse. Si lo quieres para ti, solo debes decirlo... —replicó con una carcajada al notar su molestia.

Antes de que Solange pudiera responder, Kenny apareció con la empleada, que le seguía los pasos desde el patio de la casa, con una camiseta blanca ligeramente ajustada, vaqueros y una gorra negra

con el símbolo de una banda de rock. Un trapo de trabajo aún colgaba de su cinturón; parecía haber estado al aire libre, pues su rostro estaba rojo.

—Hola, Sol —dijo con una sonrisa genuina que se amplió al verlas —. Traes visitas hoy. ¿Gustan café? Mercedes, las invitadas quieren café.

—No, no... No vinimos por café... Gracias —se apresuró Solange agitando las manos en señal de rechazo.

Con una mirada de Kenny, la mujer desapareció por un pasillo.

—Gabriela Pizzolante, es un gusto. Señor Peters, no le quitaremos mucho tiempo; solo venimos a avisarle, de manera formal, del ruido que probablemente causaremos en las próximas semanas. Soy la arquitecta a cargo del proyecto de remodelación en la terraza y el patio de la casa de aquí al ladito suyo. Solange, me imagino ya se conocen, no quisiera causar ninguna molestia; pero estos procesos, a veces, son necesarios en las propiedades. Usted, de seguro, entiende.

—Todo bien, no hay problema. ¿No te importa si te tuteo, Gabriela? Creo que no soy tan mayor para que me trates como un anciano.

—¡Oh, no! Segura de que no eres un anciano... —dijo riendo mientras tocaba su brazo, casualmente, con familiaridad.

—Y te imaginas bien, ya nos conocemos Sol y yo —respondió Kenny, educado, pero mirando a Solange más que a Gabriela.

Ella, sin embargo, no lo miraba directamente. Parecía hastiada del discurso coqueto de Gabriela; pero, cuando escuchó que él dijo su nombre, sacó las manos de los bolsillos traseros de su pantalón y volvió a cruzar los brazos en el pecho.

—También queríamos asegurarnos de que, si hay..., digamos..., otras personas en casa, puedan estar al tanto de los horarios de

trabajo —añadió Gabriela con una sonrisa descaradamente cómplice —. ¿Alguna señora Peters a la que debamos poner al día?

Kenny soltó una carcajada breve.

—No, no hay señora Peters. Bueno, está mi mamá, pero no vive aquí. Solo soy yo. Y mis fresas.

Gabriela rio satisfecha. Solange, sin querer, respiró más profundo de lo necesario. No estaba segura de si lo hacía por alivio, por celos o por puro desconcierto.

—Entonces estamos en orden —dijo Gabriela volviendo a la parte profesional—. Si hay algo que necesite, estamos al lado. Aunque, bueno, supongo que ya tiene línea directa con Solange.

Kenny le lanzó una mirada fugaz a Solange, con una ceja alzada.

—Siempre.

La palabra quedó suspendida en el aire.

Gabriela, que parecía notar cada corriente en el aire, e incluso las subterráneas, decidió no tensar más la cuerda de algo que lucía incomodo; en particular, para Solange, que seguía de brazos cruzados como si quisiera ocultarse.

—Pues dicho eso, me voy a trabajar. ¿Te espero en la casa, Sol? Quiero revisar una cosa con el supervisor.

Solange asintió. Gabriela se marchó no sin lanzar una última mirada a Kenny por encima del hombro.

Cuando quedaron solos, el aire se sintió pesado unos segundos.

—¿Estás bien? Te noto un poco callada. No respondiste mi mensaje de ayer—preguntó Kenny.

—Sí, solo un poco abrumada con todo esto. Ruido, decisiones..., arquitectas que van demasiado rápido.

—Pensé que querías que terminara la remodelación lo antes posible —acotó Kenny con esa sonrisa torcida que usaba cuando no quería sonar serio, pero lo era.

Solange alzó una ceja.

—No a cualquier costo. En fin, lamento el ruido y la molestia en tu patio.

—Gracias por avisar. Trabajo casi siempre en mi oficina allá, en la empresa. Y..., por si no lo dije antes, fue un buen día ayer.

Kenny bajó un poco la mirada, como quien no necesita palabras para aceptar un elogio.

—Lo fue.

Sol respondió con una sonrisa de alivio.

—Sobre esa cena..., como no me respondiste, ¿debo suponer que no quieres salir a cenar nunca? Tampoco quiero ser un pesado. Es decir, hoy ya no puedo, tengo que irme a Santiago unos días; pero podríamos hacerlo al final de la semana, cuando esté de regreso. Si es que quieres.

—¿Vas mucho a Santiago? —inquirió sin responder su pregunta, y recordando el comentario anterior que había hecho Gabriela sobre la novia.

Solange sintió que un ardor extraño nacía en su estómago. Tal vez, por tanto aprisionarlo con sus brazos cruzados. Tal vez, por la furia que comenzaba a surgir y que, de pronto, se expandía por su cuerpo ansiosa de escapar por su boca. Resistió la tentación de responder sobre la cena con un comentario sarcástico hasta esperar que él contestara su pregunta.

—¿A Santiago? Puf..., por lo menos, una vez a la semana. Debo atender algunos asuntos importantes allá. No pensaba irme hoy, pero, como lo leíste y no me contestaste, pensé que estabas ocupada. Así que pensé salir esta tarde para adelantar algunas reuniones.

De pronto, se cruzó de brazos y echó el cuerpo atrás.

—Ya veo. Sobre esa cena supongo que después podemos verlo. Ya

que tienes asuntos importantes en Santiago, tal vez deberías atenderlos, y solo estoy distrayéndote de eso.

—¿Pasa algo? —contestó él con el rostro confundido y abriendo ambos brazos, buscando atrapar alguna explicación.

—Me tengo que ir a terminar con la arquitecta. Te veo luego...

La mirada de Kenny, ensombrecida sobre ella, la ponía aún más inquieta, así que dio media vuelta y salió disparada de la casa. No escuchó lo que le contestó a aquella última frase; murmuró algo en inglés seguido de su nombre. Estaba casi segura de que era alguna palabrota, pero no podía ni quería escuchar nada más.

Capítulo 9

El ruido de los trabajadores en el patio era intenso. Habían pasado ya algunos días de silencio entre Solange y Kenny cuando la notificación de un mensaje privado hizo un sonido peculiar en la cocina. Solange preparaba algo para almorzar y puso todo en pausa con la esperanza de que se tratara de un mensaje suyo, pero era de Keyla. Escuchó las notas de voz que habían sido enviadas de corrido:

> Mi español está algo oxidado, espero se entienda esto. Me encanta saber de ti, he visto que has seguido dibujando, como esa casa del árbol que creaste y que suplicabas a tu abuelo que construyera. ¿Lo hizo al final?
>
> *Anyways*, me alegra saber que te ha ido bien. Supongo que Kenny ya te contó que soy doctora, pero también tengo bebés desde hace dos años. Aquí te mando fotos de mis *twins*[11]. Igual puedes ver un montón en mi perfil. ¡Al final del verano iré con mis papás, ojalá aún estés en la cabaña y podamos vernos!
>
> Kenny dice que te cortaste el cabello, ¡eso lo tengo que ver!

> Como no tienes fotos tuyas en el perfil, me conformo con imaginarlo a través de las descripciones que hace Kenny, creo que sigue tan enamorado de ti como antes. ¿Te acuerdas? *Oh, God!*[12], qué inocentes éramos todos en esa época, ¿no? Parece que fue ayer. ¡Qué cómico que se encuentren ahora, ¿no?!

El mensaje, distribuido en tres notas de voz, contenía tal emoción que a Solange se le hizo un nudo en el pecho. Comenzó a grabar una nota en respuesta a aquella amiga cuya voz no se parecía a la que ella tenía guardada en su memoria y, sin embargo, podía transmitirle imágenes tan claras de su adolescencia.

Sintió una nueva oleada de recuerdos invadir su cabeza. De todas las veces que Keyla decía, cuando eran más jóvenes, que su hermano la trataba así porque estaba enamorado de ella aunque no lo admitiera. Solange la desmentía enérgicamente cada vez, pero algo se mantenía alerta, en espera de que él dijera algo en serio y no solo la molestara o bromeara con ella. Eso no había pasado o, por lo menos, no como ella imaginaba.

Una llamada telefónica interrumpió la grabación, que se quedó por la mitad, y así quedaron también todos los pensamientos que la invadían.

—Hola, Trini.

—Saludando, amiga..., solo para avisar que estamos llegando mañana. Leti no va, sale de viaje. Pero vamos Matty y yo. ¿Algo que quieras de la capital?

—Amiga..., aquí están construyendo. La terraza no es lugar para estar.

—Eso es en el patio. No seas odiosa, hace meses que no tenemos un finde de chicas. ¡Llevaremos cava!

—¡Ya tengo cava! Es como les dije, les he mandado videos y todo. ¿No ven que aquí lo que hay es polvo, ruido y mucho reguero?

—Y jardines, montaña, río, paz... Dale, Sol, estás supercallada en el chat. Se ve que eso de que van a vender la casa te ha afectado un montón aunque no quieras admitirlo.

—No van a vender ninguna casa, por Dios. Ustedes a todo le agregan los impuestos. Es solo una oferta, no hay nada decidido. ¿Sabes qué? Mejor sí, vengan, así dejan de tejer teorías de conspiración. Además, me duelen las manos de tanto dibujar. Me hará bien hacer otras cosas.

—Una cosita... pequeña: Dany también quiere ir.

—Que ni se le ocurra.

—OK, OK... Igual ya le dije que no.

—Ahora mismo no lo puedo ni ver. Matty, asegúrate de que le quede claro que no lo quiero ver.

Solange no estaba de humor para ver a Dany. Sus amigas, por el contrario, eran su lugar seguro. A pesar de que al principio no le entusiasmaba que fueran, después la idea le pareció maravillosa.

Ese día, después del almuerzo, el ruido de los trabajadores había sido intenso, así que Solange se quedó con los audífonos en el segundo piso, avanzando en un proyecto de diseño que tenía abandonado, algo que había empezado en la universidad y que nunca había acabado. El tiempo transcurrió tan a prisa que no fue sino hasta cuando notó el atardecer rojizo en el cristal de su ventana que se dio cuenta de la hora.

Salió al balcón que daba vista a la terraza, y vio que los trabajadores ya habían guardado sus materiales y se habían marchado. Siguió mirando en el patio y notó una hilera de arbustos repletos de lo que parecían ser fresas. Al fondo, como límite natural de las propiedades, un árbol de mangos se repartía las ramas de un

lado y del otro, con racimos generosos de fruta madura que colgaba al alcance de la mano en ambos patios. En las ramas más gruesas, una hamaca tejida con colores claros se mecía al ritmo suave que le imponía su ocupante. Por lo visto, Kenny había regresado de Santiago. No le había escrito ni una vez, no la había llamado en toda la semana; ella tampoco.

El corazón comenzó a latirle muy a prisa. Desde aquella distancia solo podía saber que leía un libro, pero no distinguía cuál. Llevaba una camisa blanca y pantalones largos. No estaba segura de sí acababa de llegar o se preparaba para salir; pero estaba vestido de oficina, con una corbata a rayas a medio poner. No había sabido de él en todos esos días y allí estaba, tan cerca, pero al mismo tiempo tan lejos.

Recordó que no había mirado su teléfono desde el mediodía, así que se le ocurrió que, tal vez, le había escrito algo, si es que había llegado ese día. Los mensajes que encontró no eran suyos. Dany, Trini, Matty, su mamá... Todos tenían algo que decir, menos él. Ya habían intercambiado teléfonos, de todos modos, pensó en revisar su Instagram; él solía escribir por allí. Abrió la aplicación y buscó ansiosa. No había nada; solo el último mensaje, en el que la invitaba a cenar, que le había enviado días antes.

Decidió arriesgarse a escribir para ver su reacción; él no sabría que ella estaba viéndolo desde el balcón. Los días transcurridos le habían servido para reflexionar sobre su comportamiento y pensó que, tal vez, debía enfrentarlo, preguntarle si tenía novia. Después de todo, quizás solo la invitaba a cenar como amigos, para seguir poniéndose al día o por el simple hecho de lo fácil que era cuando estaban juntos. No tenía suficientes razones para estar molesta con él y, aun así, estaba muy enfadada.

Siguió mirando un rato hasta que decidió escribir un mensaje y

fijarse si le respondía.

Hey... ¿Todo bien, vecino?

Pasaron unos segundos apenas cuando lo observó suspender la lectura para ver el mensaje. Desde el balcón notó que se acomodaba en la hamaca y ponía el libro cerrado sobre su estómago. Cruzó las piernas y comenzó a teclear. Ella, en cambio, se inclinó sobre la baranda e intentó descubrir las expresiones de su cara, pero estaba demasiado lejos para adivinar si sonreía...

Whats's up...?[13]

¿Te interrumpo?

Not at all...[14]

¿En esas estamos?

Lo siento..., solo español para Solange.

—Y... ¿qué lees?

Ella hizo la pregunta y esperó con curiosidad su reacción. No pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro anticipando su sorpresa. Kenny, primero, se quedó inmóvil; después, en un intento de incorporarse, la hamaca comenzó a mecerse mientras él intentaba controlarla para ponerse de pie. Solange se echó un par de carcajadas al verlo buscarla con la mirada en dirección al patio y a todas partes, y que estaba a punto de caerse.

Tranquilo, estoy en mi balcón.

There you are...[15]

Eso escribió él cuando la tuvo al alcance de la vista. Con pantalones cortos y una blusa negra, ondeaba su brazo, saludando. Entonces, dejó el libro sobre la hamaca y comenzó a caminar en círculos por el patio.

¿Qué tal Santiago? ¿Resolviste tus asuntos?

Kenny leyó el último mensaje, pero no escribió nada. En su lugar, se acercó a la línea divisoria de arbustos y gritó en dirección al balcón:

—¿Vienes a cenar o no?

El atardecer ya estaba dando paso a una tímida luna en cuarto menguante, que se asomaba en el cielo.

OK. ¿Voy en una hora?

Cool[16].

Solange guardó el teléfono, le dijo adiós con la mano y entró al cuarto. Estaba decidida a averiguar todo lo posible sobre Kenny esa noche. También se había propuesto descubrir qué le había pasado esa última noche en que se habían visto, hacía ya ocho años, cuando ella había pensado que podía cambiar todo.

Buscó un vestido de *jean* corto, se maquilló y se puso su perfume con aroma a jazmines. Iba saliendo de su casa, solo con el teléfono en las manos, cuando vio en el salón la pequeña torre de cintas que había estado mirando toda la semana y la cámara de video. Buscó una bolsa de la cocina y aprovechó para meter en ella una botella de cava fría, puso las cintas y la cámara de video en otra bolsa, y se dirigió a la casa de al lado.

Cuando tocó el timbre, Kenny tardó un rato en salir a abrirle y, cuando lo hizo, siguió apurado a la cocina. Llevaba puesta una

camiseta blanca y un pantalón de color *beige* que se ajustaba a sus tonificados muslos. Tenía en las manos una pequeña toalla de cocina, y era evidente que había lavado su cabello y aún no estaba seco del todo. Ella puso la bolsa con las cintas y la cámara encima de una mesa en el salón, y lo siguió a la cocina mientras él intentaba explicar las peculiaridades del horno de la casa. Tenía coloradas las mejillas.

—Tendré que remodelar esta cocina muy pronto. ¿Qué tal tu arquitecta?, ¿recomendada?

—Depende para qué la quieres exactamente. Creo que es más de exteriores.

—¿En serio? Yo creo que le iría bien en interiores.

Ella lo miró con desidia y él estalló en una burlona carcajada.

—Solo es una broma. No me gustan las rubias... Me caen mejor las pelinegras, mejor si son «peliazules» —añadió guiñándole un ojo.

—Se dice lo contrario... —murmuró ella para sí, sin evitar que él la escuchara.

—Pues no saben lo que dicen... ¿Puedo sugerir vino blanco? Marida muy bien con lo que vamos a cenar —añadió cambiando el tema radicalmente.

—Lo que usted sugiera, señor chef, pero yo traje cava —dijo sacando la botella de la bolsa de forma juguetona.

—Mejor aún... Espero que haya más de donde vino esta.

Él sonrió al tiempo que tomó la botella para descorcharla.

El plop hizo eco en la cocina, y ambos rieron. Las copas pronto rebosaban de la bebida espumosa y, con un ceremonial brindis, se encontraron los cristales en el aire al compás de un enérgico «*Cheers*[17]» de Kenny.

—¿Vamos a la sala? Las langostas ya están en el horno y solo tomarán unos doce minutos.

—¡Uh! Langosta... Estamos celebrando algo. Parece que te fue bien en Santiago... —dijo con sarcasmo, esperando una respuesta que le diera más información, sobre todo porque ella ya había lanzado la primera indirecta.

Pero él no parecía dispuesto a hablar del tema.

—Lo normal —dijo mientras ponía hielo en una champanera e invitaba a Solange a seguirlo a la sala.

Al ver la bolsa con las cintas sobre la mesa, le preguntó si la había traído ella.

—Pues sí... Creo que te gustará lo que hay dentro —respondió Solange sacando la cámara de video y las cintas rotuladas.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó él apresurándose a revisar los nombres escritos en cada cinta, seguidos de una carcajada.

—¿Tienes un cable para que se vea en el televisor?

—Seguro que lo encuentro...

—¿Y cuál quieres ver primero?

—No, no... Primero, vamos a cenar. Esto será el postre.

Y así hicieron. Apuraron la botella de cava mientras disfrutaban de la cena en el comedor. Kenny le contó del proyecto de actualización de su web, de la licitación que estaba haciendo su publicista para escoger la empresa que manejaría la marca. Que había ido a Santiago para ver las presentaciones, y que habían pedido algo completamente distinto a Súper Fresas porque querían evaluar la creatividad de las agencias sin que estuvieran prejuiciadas por el producto. Ella se quejó de que no la invitara a ver el trabajo de las agencias, aun sabiendo que podía aconsejarlo muy bien. Él solo respondió con un «Deja de pensar en trabajo, estás de vacaciones». Ella rio...

Cuando terminaron de cenar, llenaron las copas con lo último que quedaba en la botella. Ella fue a su casa a buscar otra y él preparó

todo para ver la primera cinta en el televisor. Para cuando Solange regresó, las imágenes ya estaban en la pantalla. Se sentaron en el mueble. El teléfono de Solange parpadeaba y vibraba de forma insistente encima de la mesa de la cocina, donde ella lo había dejado desde su llegada, pero ahora solo tenía ojos para la pantalla más grande, que exhibía en el salón un video de su adolescencia.

Kenny escogió la cinta más antigua y comenzaron a ver una por una. La más larga grababa unos veinte minutos de video; la más corta, hasta solo diez minutos. Vieron, por lo menos, siete u ocho entre carcajadas y burlas de uno y el otro, hasta que llegaron a la cinta rotulada «Verano 2016».

Capítulo 10

Verano 2016, Jarabacoa

El terreno de camino al río no estaba asfaltado. Un grupo de chicos se disputaba los asientos altos de una camioneta que saltaba con cada piedra. Kenny era uno de ellos.

Había llegado unos días antes a Jarabacoa y, a diferencia de otros veranos, esta vez solo pasaría dos semanas en la casa de sus abuelos porque tanto él como Keyla debían regresar a clases. El verano anterior, ni él ni su hermana habían viajado a Santo Domingo, y su única expectativa era jugar videojuegos en el salón y tomar algunos cursos virtuales para adelantar el semestre.

Ir al río no estaba en sus planes. Pero, el día que habían llegado, había observado con curiosidad la cabaña de al lado. Estaba todo callado; los faroles, apagados, y solo una luz en el segundo piso se mantenía encendida a pesar de que era temprano.

—*Looking for her*?[18] —había bromeado Keyla al verlo absorto escudriñando la cabaña vecina, mientras descargaban sus maletas.

—*Looking for who*?[19] —había contestado él molesto por haber sido descubierto.

Un par de días después de su llegada, se levantó temprano.

Caminaba por los arbustos cuando escuchó una voz conocida que lo llamaba desde el otro patio. La pared de follaje no lo cubría todo y, por una rendija entre las ramas, vio asomarse a su vecina.

—¿Nancy? —adivinó él.

—Casi no te reconozco con ese cuerpo de adulto fisiculturista que traes ahora. ¡Mira lo alto que estás! ¿Qué le pasó al Kenny larguirucho y esquelético?

—Ja, ja, ja, comió mucho pan mientras estudiaba para los finales. Felicidades por tu novela. Mis amigos no me creen cuando digo que conozco a la famosa Nancy Duhey y que leí su primera novela antes de que la publicara.

—Firmaré tu ejemplar para que puedas probarlo. Guardé uno en español para ti. No vinieron el año pasado tú y tu hermana.

—Sí..., la universidad. Por cierto, me gustó tu pseudónimo. ¡Será genial tenerlo en español y dedicado! Tuve que leerlo de nuevo en inglés para estar seguro de que eras realmente tú. Incluso investigué sobre ese apellido falso que elegiste.

—'Lluvia' en idioma taíno. Al editor le encantó. Duhey vendía mejor que Acosta en el mercado anglosajón. ¿Y tú? Medicina, ¿eh? Es lo que me contó tu abuela que están estudiando ustedes dos.

—Eso parece...

—Si tienes tiempo, tengo el manuscrito del segundo libro listo. ¿Te animas a leerlo estas vacaciones?

—Me encantaría. Espero me dé tiempo a terminarlo en los pocos días que estaré aquí. Nos vamos el domingo.

—¿Te vas pronto? ¡Qué pena! Solange llega hoy y sus amigos, en el fin de semana. He planeado que vayamos al río mañana. ¿Keyla vino contigo esta vez? ¡Tienen que venir! A Solange le encantará saber que están aquí. ¡Los anoto para el río, eh! Saldremos antes del mediodía, tan pronto llegue el grupo de los chicos.

—Solo vinimos por el aniversario de los abuelos, pero le diré a Keyla.

A Kenny no le interesaba mucho salir ese verano. Había venido con la intención de quedarse pegado al PlayStation que montó en la televisión del salón y, quizás, terminar de leer el manuscrito que Nancy le había dado. Después de todo, era una autora algo popular en los Estados Unidos y él la conocía; tendría algo de que presumir. Keyla, en cambio, no cabía en sí de emoción: estaba convencida de que ese año revivirían las aventuras de todos los veranos pasados, aunque solo tuvieran dos días para hacerlo.

La tarde estaba tranquila. El cielo estaba despejado y se escuchaban algunos pajaritos cantar. Kenny estaba sentado en una mecedora, en la galería de su casa, cuando vio el taxi cruzar la verja de la propiedad vecina. No lo pensó mucho, pero algo le llamó la atención.

No era raro que llegara gente. A veces, lo hacían los jardineros; otras, la empleada y, en ocasiones, algún amigo de sus padres o de los vecinos. Pero esta vez era diferente. Desde donde estaba, la silueta le pareció conocida. Una figura delgada, con una pequeña maleta azul, una mochila, camiseta negra, pantalones cortos y una coleta alta. Aquella coleta abundante y negra que llegaba al final de la espalda y que reconocería en cualquier circunstancia. Frunció el ceño.

Desde su ángulo, solo alcanzó a verla empujar la puerta con torpeza, mirar alrededor como si esperara que alguien saliera a recibirla y, luego, desaparecer dentro de la cabaña.

Kenny se quedó un instante más en la galería. Habían pasado casi dos años. Las últimas noticias que había tenido de Solange venían en los mensajes esporádicos o saludos indirectos que Keyla recibía

de las amigas del grupo. Pero verla allí, en la cabaña de al lado, sin aviso, le sacudió algo. No era nostalgia exactamente. Era otra cosa. Algo que se le instaló en el pecho y no supo cómo describir.

—¿Viste quién llegó? —preguntó Keyla, apareciendo por detrás con una taza de chocolate caliente en la mano.

Kenny no respondió. Mantuvo la vista en la verja, aunque ya no había nadie.

—Sol. Vino sola. Nancy me escribió esta mañana. Parece que llegó en autobús, y el taxi la dejó en la entrada. Voy a saludarla en un rato.

—¿Y las demás?

—No vienen hasta mañana.

—¿Y ella sí?

—Al parecer.

Keyla sonrió con picardía.

—¿Vas conmigo a saludarla o te vas a hacer el indiferente como cada verano?

Kenny se encogió de hombros.

—Ella no me soporta, ¿lo recuerdas?

—Pues eras insoportable. Ahora eres menos insoportable.

—Tú eres insoportable...

Keyla se rio y se alejó rumbo al patio trasero. Kenny volvió a mirar hacia la cabaña. Nada. Ni un movimiento.

El día acababa de cambiar, y él lo sabía. Keyla hizo un último intento de que Kenny la acompañara a la casa vecina; en su lugar, él subió a su cuarto. Keyla fue sola y volvió después de cenar, con mil cosas para contar que Kenny no quiso saber.

***

El sol empezaba a caer vertical cuando la camioneta de Nancy comenzó a rodearse de algarabía al día siguiente.

Kenny observaba la escena desde su jardín mientras esperaba a Keyla, que aún se estaba alistando. Aunque en aquel primer momento no conocía a la mitad de aquellas personas, vio a la mamá de los hermanos Carlos y Antonio, que llegó junto a Trini y Matty. Todos cargaron con sus mochilas en dirección a la entrada. Nancy fue recibiéndolos uno a uno para acomodarlos antes de que salieran al río y se despidió de la mamá de los chicos, que volvía a la ciudad para recogerlos unos días después. Sobre una mesa de la galería, había algunos bocadillos, y Solange saludaba con algarabía a sus amigos mientras les mostraba la casa a los que, por lo visto, no la habían visitado antes.

Cuando Keyla por fin bajó a la galería, Kenny pudo ver la escena más de cerca. Los gemelos caminaron la corta distancia entre un jardín y otro, abrieron la cerca y saludaron al grupo, que no paraba de hablar. Matty y Trini corrieron hacia Keyla, que llevaba un desinhibido bañador de dos piezas en color rojo y una diminuta falda blanca que se levantaba con cada soplo de brisa indiscreta. Kenny estaba unos pasos atrás y levantó el brazo para saludar a las chicas, que también fueron hasta él hablando al mismo tiempo.

El reencuentro fue un torbellino de exclamaciones, besos en las mejillas, y frases como «¡No puede ser que estés tan flaca!» o «¡Estás igualita, no pasa el tiempo para ti!».

—Dos años, mujer. ¿Te fuiste del planeta? —le dijo Trini, abrazándola otra vez.

—Solo a la guerra universitaria, y con menos horas de sueño. —Keyla rio y luego miró a los dos chicos que la observaban desde la galería mientras se acercaban—. ¿Y esos galanes?

—Ah, sí, no los conoces. Carlos, Antonio, ella es Keyla Peters, la

doctora oficial de este grupo.

Keyla les dio la mano con simpatía. Nancy apareció justo detrás.

Él no podía seguir lo que decían porque hablaban muy rápido y la tía Nancy también se acercaba diciendo algo. No estaba seguro de si su falta de comprensión era porque había olvidado todo su español o de si, simplemente, su atención se había quedado en la galería de la casa, donde estaba Solange con otra chica y dos chicos a quienes él no conocía. Otros amigos, por lo visto.

Solange llevaba un vestido de playa blanco que le llegaba a mitad del muslo. No podía adivinar qué tipo de bañador traía. «A ella le gustan de una sola pieza», recordó Kenny. No sabía tampoco por qué le interesaba descubrir qué había debajo de su vestido. Esta vez, no tenía la coleta, llevaba el cabello suelto y tenía un sombrero lila de ala corta. Quizás la había visto por demasiado tiempo, porque ella también lo miró a él y comenzó a acercarse. Sin darse cuenta se había quedado detenido a medio camino cuando ya los demás estaban todos en la galería.

—*Hello..., welcome back*![20] —le dijo Solange cuando ya estuvieron frente a frente.

—¿Ya aprendiste a hablar inglés? —le respondió de forma automática y arrepintiéndose antes de terminar.

—Siempre tan... tú —le contestó ella arrugando la cara y dio media vuelta.

Kenny estuvo a punto de pedirle disculpas y saludarla como era debido, pero estaba nervioso. Solange estaba más alta, su rostro seguía tan angelical como siempre, y había algo indescifrable en ella que no podía dejar de mirar. Si antes había sido bonita, ahora era mucho más que bonita. Era... sexi.

Nancy fue quien se encargó de las introducciones porque Solange volvió molesta a la casa y siguió hablando con sus amigas.

—Entonces ¿tú eres el primo de Nancy? —preguntó Carlos, mientras ajustaba la correa de su mochila.

—Vecino. Kenny —respondió breve.

—¿Y tú estudias aquí, en Jarabacoa? —preguntó Antonio, algo más directo.

—No. Solo vengo por unos días. Estudio en Miami.

—Ah. Bueno, yo soy Carlos, este es Antonio —dijo extendiendo la mano otra vez, como si el saludo tuviera que hacerse oficial.

—¿Y ella?, ¿tu novia? —preguntó Antonio echando una mirada lujuriosa a Keyla.

—Mi hermana. Pero, para los fines, igual tiene novio.

Nancy dio la instrucción de partida, y Kenny se acomodó sobre el borde de la camioneta y dejó que el sol calentara el metal bajo sus manos. Desde dentro salían las voces familiares de Nancy, junto con risas femeninas que le hicieron saber que el resto del grupo ya estaba listo para irse. Las chicas iban dentro y los chicos, detrás.

Cuando la camioneta arrancó, a las 11:31 exactas, mientras la bocina portátil estallaba en una *playlist revival* de 2010, Kenny se apoyó en la baranda con los brazos cruzados y el cuerpo relajado. Frente a él, pero dando la espalda, Solange miraba delante con sus gafas oscuras en el rostro.

Capítulo 11

El camino de tierra terminó en una curva suave entre los árboles. Al fondo, se escuchaba ya el agua del río corriendo sobre las piedras, y el canto agudo de los grillos se mezclaba con las voces del grupo, que empezaban a bajar uno a uno de la camioneta.

Kenny saltó desde la parte trasera y aterrizó con los pies firmes sobre la grava. El aire era más fresco allí, cargado con el olor a vegetación húmeda. No había vuelto a ese lugar desde hacía más de dos años, pero lo recordaba bien. La roca grande en la entrada; el tronco caído que servía de banco natural; la parte menos profunda, donde solían lanzarse agua, y los árboles con ramas fuertes, desde los que se colgaban. Todo igual.

Keyla fue la primera en lanzarse al agua, con un grito que hizo eco. Carlos y Antonio la siguieron, corriendo y resbalando por la pendiente como si tuvieran diez años. Parecía ser su primera vez en un río.

Nancy gritaba instrucciones. Seguía desmontando viandas y las acomodaba encima de un mantel de cuadros que Trini extendía en la tierra bajo la sombra. Matty pedía la bocina portátil mientras trataba de conectarla a su teléfono para cambiar la *playlist*. Kenny

observaba todo con cierta distancia. Era el mayor, aunque solo por un par de años, y se sentía más grande aún viendo la energía inagotable de los demás. Había desmontado las neveras con hielo y todo lo pesado, porque los otros dos ya estaban en el río, persiguiendo a Keyla.

Y entonces la vio. Solange se había quitado el vestido de playa y lo había puesto encima de su bolso mientras se acercaba, con cautela, a la orilla. Llevaba un bañador blanco, de una sola pieza, pero con los pétalos de una flor con bordes negros abierta en la cintura, lo que dejaba ver su piel y la evidente figura de una guitarra. El cabello suelto caía como una cortina negra sobre su espalda descubierta. Tenía las gafas puestas, pero Kenny supo que estaba mirando el río con esa expresión de evaluación que siempre ponía antes de decidir si algo valía la pena.

Él bajó la vista enseguida. Se sintió ridículo. Como si verla de repente, después de tanto tiempo, lo descompusiera desde adentro.

—¿No vas a meterte? —le preguntó Trini, que pasaba corriendo junto a él con una toalla al cuello, lo que interrumpió sus pensamientos.

—En un rato —respondió sin mirarla.

Solange se agachó junto al agua. Tenía puestos unos zapatos de agua negros. Metió un pie y, luego, el otro, como tanteando. Kenny no podía dejar de observarla. Su cuerpo ya no era el de una niña. Algo en él sabía que no debía mirarla así, no delante de todo el mundo, pero lo hizo igual.

Nancy llamó a Solange pidiendo ayuda con los jugos. Ella asintió y volvió a caminar entre las piedras. Se detuvo cuando pasó junto a él.

—¿Tan grande y te da miedo el agua? —preguntó ella, acercándose.

Kenny la miró de lado. Intentó una sonrisa. Pensó bien sus

palabras, ella le estaba dando otra oportunidad. No la molestaría hablando en inglés esta vez, sabía que ella lo detestaba.

—Estaba esperando a ver si valía la pena.

—¿Y...?

—Aún no decido si me lanzo —dijo él, pero mirándola a ella.

No al río. A ella.

Solange se giró con lentitud, notando la pausa.

—¿Quieres que te dé mi opinión experta sobre temperaturas de agua, o algo así?

—Tú siempre fuiste buena para quejarte del frío.

—Y tú, para quedarte en la orilla.

Kenny sonrió. Odiaba ese tipo de sonrisa que se le escapaba cuando ella lo desafiaba, sin necesidad de gritar.

—Podrías meterte tú primero, así veo si sales corriendo.

—¿Y darte el gusto de tener razón? Ni loca. —Ella ya se alejaba cuando él bajó la mirada, resignado—. Igual te verías bien corriendo —murmuró.

Solange se detuvo un segundo, como si lo hubiera oído, pero no se dio vuelta. Solo caminó despacio, con la cabeza en alto.

Kenny miró hacia arriba, se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos y comenzó a quejarse consigo mismo en voz baja. Por alguna razón, las palabras salían de su boca más rápido de lo que podía pensarlas.

Se quedó ahí un momento más; viendo cómo Solange se integraba con las otras chicas, cómo se tiraba al agua con un grito contenido, cómo salía enseguida buscando aire y cómo sacudía su cabello como si nada le importara. De vez en cuando, miraba en su dirección, pero, tan pronto otro de los chicos que ya estaban en el agua le hablaba, perdía interés en él.

Kenny sintió que el verano no sería igual, porque esa chica, la que

hace unos años le lanzaba globos de agua por la espalda y le gritaba que no la grabara más, ya no era solo una vieja amiga. Era otra cosa. Y, si antes la veía como a una chiquilla, ahora ya no sabía cómo nombrarla.

El resto de la tarde, mientras Nancy hacía grabaciones cortas con una cámara de video casera, el grupo se la pasó lanzándose al río, comiendo botanas y escuchando a Keyla y Kenny contar anécdotas de su vida universitaria. Hablaban de dormitorios compartidos, fiestas de primer año, salones octagonales y caminatas eternas entre salones de clases. Los demás escuchaban atentos, ansiosos por vivir lo mismo. Casi todos estudiarían en el país, excepto Carlos, que había conseguido una beca de fútbol en una universidad de Minnesota.

Nancy, desde su sillón improvisado con hojas secas, agregaba sus propias «recetas mágicas» para sobrevivir la universidad y, entre historia e historia, recordó cómo había conocido a su futuro esposo, un periodista tan apasionado por las letras como ella. Estaba por mudarse a Estados Unidos con él, así que, de alguna manera, todos sabían que ese sería su último verano como inquilina permanente de la cabaña.

Con la complicidad de Nancy, y sin que Solange sospechara nada, el grupo aprovechó la tarde para terminar de planear una sorpresa. La más joven del clan cumpliría dieciocho años y por fin podrían celebrar tomando una cerveza o dos, siempre con la vigilancia estricta de la tía que, a pesar de su juventud, gobernaba a la tropa de jovencitos con maestría.

Keyla se acercó a su hermano, aprovechando que había salido del río para buscar una bebida.

—Tienes que hacernos un favor.

—¿Qué clase de favor, Key?

—El pastel de Sol está en la camioneta, escondido en una de las neveras. Las chicas tienen planeado sorprenderla hoy. Como su cumpleaños es mañana, iba a ser muy obvio, así que lo haremos ahora. Tienes que llevártela.

—¿Llevármela? ¿Llevármela a dónde, Key? ¿Crees que se va a ir conmigo, así como así?

—Eres el menos obvio. Dile que necesitas que te enseñe algo, qué sé yo, las cuevas donde salen los indios. No lo sé, Kenny. Te encanta asustarla, *do your thing*[21]. Debes volver como en quince minutos para que podamos arreglar todo. Que se te acalambre un pie o algo, y debas caminar muy lentamente.

—¿Y si lo haces tú?

—Me voy a reír, Kenny, ya me conoces. No sé guardar secretos. Anda, aprovecha que salió del río.

Keyla no esperó una respuesta y volvió al agua. Solange, por el contrario, buscaba una toalla para secarse. Comenzó a exprimir su cabello y tiritaba un poco por el frío. Kenny se acercó con timidez, algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Esto te va a sonar raro...

—Viniendo de ti, Kenny Peters, ¿qué puede sonar raro? —preguntó ella mientras cubría el escote humedecido con la toalla; pues, aunque era la más joven, su busto generoso la hacía parecer mayor.

—Estoy haciendo un ensayo sobre las ciguapas, es para una clase de verano en la que me anoté para ganar créditos. El libro de tu tía me animó. Esperaba que ella pudiera llevarme a la cueva que sale en el libro. Me dijo que estaba aquí cerca, pero está tan entretenida que pensé que podías enseñármela tú.

—Lo hubieras dicho antes. Eso no es raro en ti, te encantan los misterios y asustar. ¿Seguro no quieres esperar a la tía? Es decir,

siempre te invitábamos a explorar allí y decías que no.

—Creo que tal vez solo me hacía el valiente y quería ir solo, pero la pura verdad es que nunca la encontré. *So*...?[22] ¿Me llevas?

Sol se dio vuelta para gritar al grupo que volvía enseguida; pero, entre el chapoteo y las poses para Instagram, nadie parecía ponerle atención. Se colocó el vestido blanco encima del bañador, aún húmedo, y se adentró en la maleza. Kenny la siguió con cierta prisa, mirando al grupo que quedaba en el agua y le hacía señas sin ningún disimulo.

Él apuró el paso para alcanzarla en medio de los árboles. Tenía zapatos deportivos puestos, así que no tenía la misma agilidad que ella, que parecía una experta delineando las piedras. Él la seguía sin saber a dónde iban mientras la escuchaba hablar sobre aquellos montes, por los que casi no pasaba nadie más que los que vivían muy cerca.

—Como el río es tan grande, la gente se baña mucho más arriba. Somos afortunados de que este charco se forme tan cerca de la cabaña, ¿no crees?

—Ya creo yo que sí. Siempre me ha gustado este río. Venía solo con mi papá, cuando no estaban ustedes con su escándalo.

Ella se volteó para golpear levemente su hombro. Kenny ahora era mucho más alto que ella, ya no podía solo empujarlo. Él se quedó observándola fijamente, sonriendo. Ella bajó la mirada y se dio vuelta para seguir el camino, que se prolongó por unos cinco minutos más de enredaderas, olor a tierra y troncos con las raíces al descubierto que los hacían tropezar.

—En fin —continuó ella—, las ciguapas se escondían en las cuevas. Esa parte del río, donde se ve la cascada, tiene una de esas cuevas detrás de la cortina de agua. La tía Nancy insiste en que todavía queda una tribu de ciguapas oculta, pero no por estos lados,

más al norte. ¿Por qué, de pronto, te interesa tanto?

—Siempre me han encantado los cuentos de miedo de tu tía. De hecho, investigué que, en realidad, se trataba de una tribu de indígenas, los ciguayos. Caminaban hacia atrás para no dar la espalda cuando se alejaban en las batallas. Por eso decían que las ciguayas tenían los pies al revés... En realidad, solo caminaban hacia atrás.

—Eso no lo sabía. Ahora pareces saber más que yo de la mitología de mi país.

—*Well..., now you know...*[23] ¿Nunca te han dicho que pareces una ciguapa? Con todo ese cabello..., tal vez sales de noche a embrujar a los chicos de por aquí —dijo haciendo ademanes con sus manos. imitando un baile seductor y riendo.

—Sería un piropo muy extraño. Creo que lo haces mejor que yo.

Esta vez había logrado arrancarle un carcajeo que ella no había podido controlar.

—¿Te daría miedo venir aquí por la noche? ¿Esperar a ver si aparece una ciguapa?

—¿Es una invitación? —preguntó sonriente—. Lamento decepcionarte, pero no hay ciguapas por aquí..., ya te lo dije. ¿De verdad crees esas historias? Te creía menos naif. Vámonos... Ya viste la cueva y ya casi es de noche. La única ciguapa que verás hoy es a mí —dijo ella, que dio media vuelta para iniciar el camino de regreso.

Él la siguió de cerca, simulando tropezarse con las ramas para que ella lo esperara.

—Entonces sí estás aprendiendo inglés... —bromeó, de nuevo, sonriendo

Ella no contestó. Emprendieron el camino de regreso. Solo se oía, a lo lejos, el rumor del río corriendo entre las piedras, el canto

disperso de algunos pájaros y el crujido de las hojas secas bajo sus pies.

Pasaron apenas unos minutos en esa caminata muda cuando Solange tropezó con una raíz que sobresalía de un majestuoso árbol de caoba. Él caminaba detrás, muy cerca, y con agilidad logró sujetarla al vuelo, atrapándola primero por el fino vestido. En un solo movimiento, la asió por la cintura, lo que impidió que se diera de bruces contra el suelo. No evitó, sin embargo, que la tela se rasgara ni que Solange quedara, por un instante, atrapada entre su pecho y su brazo, aún ceñido a su cintura.

—Por poco... —dijo ella cuando recuperó el aliento, aún sin soltar su brazo.

—Por poco... —repitió él, con la negra cabellera de Solange como única visión.

Sintió el aroma a fresas tan cerca que estuvo a punto de acercar su rostro, un poco más, a su cuello. Quiso, allí mismo, que se volteara y aprisionar sus labios con un beso. Pero, en vez de eso, soltó su cintura muy despacio, acariciando cada centímetro, hasta que sus dedos quedaron en el aire, indecisos.

Solange dio un paso adelante, sin dejar su brazo.

—Gracias... Supongo que mejor me agarro de tu brazo el resto del camino. Estos zapatos no sirven para caminar en hojas resbaladizas. Además, de algo tiene que servir que vayas al gimnasio, ¿verdad?

—¿Y tú como sabes si voy al gimnasio? —preguntó él luego de que avanzaron un poco más, y ya comenzaba a escucharse la algarabía del grupo en el río.

Ella lo miró, entornó los ojos, soltó una carcajada y siguió caminando, apoyada en su brazo.

Cuando aparecieron de entre la maleza, el grupo comenzó a cantar: «Celebro tu cumpleaños tan pronto vi asomar el sol...». «A

Sol, a Sol», gritaban a coro Antonio y Carlos, en broma. Trini llevaba en las manos un pastel redondo con un gran número dieciocho dorado. En vano intentaron, muchas veces, encender las velas que, al mínimo soplo de brisa, se apagaban.

Después de muchas risas, el anochecer había caído con delicadeza sobre Jarabacoa. El aire comenzaba a enfriarse y el agua del río ya no daba la bienvenida con calidez. Carlos y Antonio hicieron gala de sus habilidades como *boy scouts* y encendieron, sin ayuda de los fósforos, una fogata. Las estrellas se antojaban infinitas sobre un cielo sin nubes, y la luna llena hacía que lo que podría parecer tenebroso se viera incluso romántico. Todo estaba dispuesto para una noche inolvidable, aunque apenas rozaban las siete. Nancy había prometido que se quedarían, como tarde, hasta las ocho de la noche antes de regresar a la cabaña, que quedaba a unos diez minutos en auto.

La fogata ardía viva, un anillo de piedras delimitaba su centro como una especie de altar improvisado. Las llamas bailaban con una fuerza casi hipnótica, y la luz centelleante iluminaba los rostros con un resplandor dorado. Nancy había insistido en contar una historia de terror, una tradición heredada de sus veranos adolescentes. Trini, Matty, Keyla, Carlos, Antonio y Solange se acomodaron en mantas, cojines y toallas húmedas y dispares distribuidas en el suelo, y formaron un círculo irregular alrededor del fuego. Antonio y Matty, que en algún momento de la tarde se habían emparejado, compartían la manta. Carlos intentaba hacer lo mismo con Keyla, que no le hacía caso. Kenny no se había integrado al círculo porque había insistido en grabar fragmentos de la tarde sin avisar a nadie, cuando Nancy no tenía la cámara de video colgada del hombro.

Kenny tenía un ojo natural para encuadres. Primero, los rostros iluminados por la llama; luego, los reflejos de las sombras sobre la

piel, las risas, los gestos, la llama danzante y anaranjada que por momentos se elevaba dibujando figuras con las chispas.

Nancy comenzó a contar una historia de un hombre de Jarabacoa que aseguraba haber visto a toda una tribu de ciguapas bañarse en el río. Kenny seguía grabando, pero, cuando la cámara giró hacia Solange, se detuvo unos segundos de más. Ella estaba concentrada en el fuego, con la mirada fija, como si pensara en algo que nadie podía ver.

—No grabes eso, Kenny —le dijo cuando se dio cuenta de que la apuntaba a ella, apenas con una sonrisa en la comisura de los labios —. ¡Bórralo!

—Demasiado tarde —respondió él y bajó la cámara; la puso en el suelo, en dirección al grupo, y pasó a sentarse en el círculo después de una enérgica orden de Nancy.

Kenny y Solange compartían una manta en el suelo porque ya no había más espacio. Al principio, parecía algo práctico; pero, a medida que pasaban los minutos y el calor del fuego se sumaba al de sus cuerpos, aquella simple decisión adquiría un nuevo peso.

Nancy hablaba con voz grave, modulada, bajando el tono en los momentos más inquietantes. Narraba la leyenda de una mujer de cabello largo y pies al revés, que aparecía en las noches de luna nueva para arrastrar a los que caminaban solos por los ríos. La historia, llena de silencios y pausas intencionales, tenía a todos absortos. A todos, menos a Kenny, que desde hacía rato no escuchaba las palabras. Su atención estaba enfocada en la mano de Solange, apoyada sobre la manta, tan cerca que, con solo mover la suya, podría rozarla.

De reojo, ella también la miraba. No hablaban, pero algo ocurría entre ellos. Un hilo invisible, un recuerdo futuro que parecía formarse antes de existir. El fuego no era lo único que ardía esa

noche.

—Entonces ¿no crees para nada en esas cosas? —le susurró Kenny, sin apartar la vista del fuego.

—¿En fantasmas?

—En cosas que se aparecen como por arte de magia, cuando no las estás buscando. En criaturas que hechizan cuando ni siquiera las ves.

Solange tardó un poco en responder.

—A veces, no las ves ni cuando están frente a ti.

Kenny giró la cabeza. Sus ojos buscaron los de ella. Había algo distinto esa noche, algo que ambos sentían, pero ninguno se atrevía a nombrar. No era como los juegos de verano pasados, no era el simple cosquilleo adolescente de una atracción física. Era otra cosa. Una conciencia compartida de que, por primera vez, se veían de verdad.

La historia terminó con un silencio denso que nadie se apresuró a romper. Nancy hizo la señal inequívoca de que había llegado la hora de irse. Trini y Matty empezaron a bromear para liberar la tensión. Kenny y Solange seguían en su burbuja, la manta compartida era un mundo aparte, y no escucharon ni notaron cuando el resto del grupo comenzó a abandonar el círculo para recoger sus cosas.

—Me gusta estar aquí —dijo él.

—¿Y por qué no viniste el año pasado?

—Creo que estaba ansioso de empezar las clases. Pero me gusta más ahora que antes. Eso es seguro.

Ella lo miró con una ceja levantada.

—¿Ahora?

—Contigo.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue cargado. Solange sintió que algo se había movido dentro de ella. Kenny hablaba con

una voz baja, pero no insegura. Como quien por fin se atreve a decir lo que ha guardado demasiado tiempo.

—A veces pienso que, si hubiera nacido aquí, todo sería más fácil —agregó él, casi en un murmullo.

—¿Y eso qué diferencia hace?

—Supongo que no lo sé. Pero igual creo que sería más fácil...

Finalmente, con toda la timidez del mundo, dejó que la distancia que separaba sus dedos se acortara y colocó su mano sobre la suya, y la acarició tiernamente con la yema de sus dedos.

Solange sonrió.

—Ahora estas aquí.

Kenny no respondió. Solo la miró. Sus rostros estaban demasiado cerca. El fuego ya no era suficiente para justificar el calor. Sus narices casi se tocaban y, por un momento, el tiempo se suspendió. Solange cerró los ojos. Sintió su respiración. Se inclinó apenas. Lo suficiente.

Pero, en ese preciso instante, Matty gritó:

—¡Hora de irnos! ¡Vamos, no se queden rezagados, que vienen las ciguapas!

La magia se deshizo como humo entre los dedos.

Solange abrió los ojos y se echó hacia atrás, confundida, como si la sorprendieran haciendo algo indebido. Kenny también reculó, carraspeando. Unos instantes después, Kenny se levantó y le extendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.

—Vamos...

Ella lo miró, su rostro evidenciaba cierta decepción.

—Ah. Vámonos, entonces.

El grupo ya estaba a punto de partir cuando Nancy miró en todo el lugar, antes de irse, para asegurarse de que no dejaban nada y de apagar la fogata.

—¡Uy, por poco dejamos la cámara! —dijo y se agachó para recogerla, y se dio cuenta de que todavía grababa, lo que casi agotaba la batería.

Partieron a la cabaña escuchando en la radio una canción que todos coreaban al unísono.

Capítulo 12

Jarabacoa, 2024

La grabación terminó con el rostro de una joven tía Nancy mientras apagaba la cámara. La pantalla se había quedado a oscuras, pero la imagen del Kenny adolescente, el de la mirada que se demoraba demasiado en ella seguía flotando en la memoria de Solange como la melodía de una canción.

—No lo recordaba exactamente así —murmuró ella, aún sin mirarlo.

Kenny tampoco habló al principio. Tenía las manos entrelazadas sobre las rodillas. Dio un último sorbo a su copa de cava.

—Yo sí lo recordaba —dice al fin—. No el detalle exacto, pero sí la sensación. Me acuerdo de que rompí tu vestido y, luego, Keyla me molestó con eso todo el vuelo.

Solange lo miró. El calor en su pecho no había bajado desde que había visto la escena. El fuego y ellos dos, en el borde de algo que nunca había pasado.

—¿Por qué no lo hiciste? Besarme, quiero decir. Es obvio que estabas a punto de hacerlo —preguntó casi sin querer.

Kenny giró la cabeza. Había una curva sexi en sus labios.

—Porque tenía novia, Sol. En la universidad. Estábamos juntos, más o menos. Nunca fue serio, pero existía. No hubiera sido justo para ella. Y tú... tú eras demasiado importante para mí. No quería ser ese tipo de persona. Mi papá siempre dice que el amor no se trata de ser fiel, sino de ser leal. Estaba tratando de serlo. Quizás debí besarte. Keyla nunca entendió por qué no lo hice, pero es que para mí siempre fuiste más que una aventura de verano. —Solange lo observó, pero no dijo nada—. Pensé que te vería al año siguiente, que habría tiempo de romper con mi novia —continuó él—. Que habría otro verano, otro momento. Nunca imaginé que sería la última vez. Como ya sabes, nos fuimos al día siguiente.

—Fue una noche bonita —dijo mirándolo con ternura.

—Fue más que bonita. —Su mano descansó sobre la de Solange sin permiso, pero sin oposición. Kenny se inclinó hacia ella un poco. Sus rodillas rozaron las suyas—. Ahora no hay excusas —dijo él en voz baja—. No hay razones para no...

Se inclinó despacio, como si temiera romper algo más que aquel vestido blanco, y la besó. Fue un beso corto pero dulce. Como si lo hubiera estado esperando por años y fuera aún más de lo que esperaba. Y, por un instante, Solange respondió. Porque su cuerpo sabía que las veces que había imaginado aquel beso eran más de las que estaba dispuesta a admitir. Pero entonces se apartó rápido. Como si, con sus labios clavados en los suyos, una avalancha de recuerdos le llegara de pronto.

Se puso de pie con torpeza, como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies, tal vez por culpa de las dos botellas de cava, que ahora estaban vacías en alguna parte de la cocina.

—¿Y por qué ahora sí? —preguntó con la voz temblorosa, más de lo que quisiera—. ¿Por qué esto ahora sí es justo?

Kenny también se levantó, sin acercarse a ella. Metió las manos en

sus bolsillos, tal vez buscando las explicaciones al repentino cambio de tono de la conversación.

—Porque ahora no hay nadie, Solange. No tengo novia. No tengo nada aquí que me ate, ninguna otra cosa que no sea la finca y mis negocios. Y tú... también estás soltera..., ¿o no?

Ella dio un paso hacia atrás. No lloraba, pero sus ojos brillaban como si pudiera hacerlo en cualquier momento.

—¿Y Diana qué?

—¿Diana?

—Sí, Diana. ¿Crees que, porque está en Santiago y no subes fotos con ella en tu Instagram, no me iba a enterar?

Giró sobre los talones, con evidente enojo, y se fue.

Caminó hacia la puerta sin mirar atrás. Dejó la copa sin terminar, la bolsa llena de los recuerdos de la adolescencia y al chico que casi era un recuerdo... convertido en un presente demasiado real.

Salió a prisa. Él no la siguió, pero sentía su mirada persiguiéndola hasta que salió de su portal. Lo vio cuando ya iba entrando al suyo, por encima de la cerca que dividía los jardines. Comprobó que continuaba de pie en la galería. Ella no detuvo su marcha y avanzó hasta la entrada de su cabaña.

Estaba oscuro, pero las luces de los faroles de su galería estaban encendidas y, a medida que se acercaba, comenzó a escuchar música y pudo ver que había alguien sentado en la mecedora solitaria. Al principio, se asustó y estuvo a punto de volver en sus pasos a la casa de al lado; pero, cuando vio que había un pequeño bulto verde neón en el suelo, se dio cuenta de que se trataba de Dany. Siguió despacio, sin hacer ruido. Cuando estuvo lo bastante cerca, lo comprobó. Estaba dormido en la mecedora, con el teléfono en sus piernas, mientras una aplicación de música tocaba una *playlist*. No sabía si despertarlo. ¿Qué diablos hacía ahí si ella le

había dicho claramente que no viniera?

La luz de la galería de la casa de al lado permanecía encendida. Por la posición en la que estaba, no podía ver si Kenny seguía allí. Dany era inofensivo, pero la botella de ron vacía sobre el piso de madera era evidencia de que había estado tomando. No había visto ningún auto en la calle y su portón estaba cerrado, no podría haberlo entrado. Tenía que haber volado la pared de troncos para entrar. Solo en ese momento se dio cuenta de que había dejado el teléfono en el tope de la cocina de Kenny. Tal vez, Dany había llamado.

Puso el código en la puerta y la abrió antes de intentar despertarlo, pero estaba profundamente dormido. No podía dejarlo afuera, hacía muchísimo frío; ella misma, con las piernas y brazos descubiertos, se estaba congelando. Se le ocurrieron mil soluciones y todas tenían un final peor. El teléfono en la casa de Kenny, el ex dormido en su galería. Estaba sola, no se sentía segura de despertarlo y ponerlo a dormir en el sofá, además de que no había forma de levantarlo. Tal vez, si le echaba un balde de agua fría encima...

Después de reflexionar un poco, pensó que tal vez Kenny podía ayudarla a arrastrar la mecedora dentro de la casa. Así no lo despertarían y ella podría encerrarse arriba. La botella de ron era muy grande; Dany ni siquiera solía beber más de un trago o dos. No tenía muchas opciones. Después de todo, dejarlo a la intemperie le parecía cruel. Además, podía despertar a mitad de la noche y todo sería peor.

Buscó un abrigo y salió, de nuevo, en dirección a la casa de al lado. Con las mejillas rojas, un poco por el frío, un poco por el alcohol y otro poco por la vergüenza..., tocó el timbre. La luz de la galería seguía encendida. La puerta se abrió casi de forma

instantánea.

—Ya iba a llevártelo.

—¿Qué? —respondió ella algo perdida.

—Saliste tan rápido que dejaste tu preciado teléfono y muchas cosas más aquí. Ya iba a llevártelo. De seguro no podías esperar a mañana para devolver todas las llamadas perdidas de Dany —respondió Kenny ondeando al aire el teléfono con actitud victoriosa y señalando, hacia la sala, la bolsa con las cintas.

Tenía la camisa blanca desabotonada hasta el final, lo que dejaba al descubierto su pecho bien formado y una fina cadena de oro. Ella se desconcentró por un instante y luego reaccionó, agarró su teléfono al momento y le habló ignorando su comentario.

—Necesito tu ayuda.

La expresión del rostro de Kenny se transformó del sarcasmo a la preocupación en un solo segundo.

—¿Está todo bien?

—No. Dany es mi ex, me estaba llamando porque se le ocurrió venir. Ahora está tirado en mi galería, profundamente dormido, luego de tomarse toda una botella de ron. Necesito que me ayudes a mover la mecedora dentro de la casa. No quiero que se despierte y no es seguro que duerma afuera.

—¿Es violento?

—¿Qué? ¡No! ¡Para nada! Creo que solo está... confundido.

—OK. Haré lo que pidas, pero será con mis condiciones. Mis condiciones, Sol.

—OK. Tus condiciones...

Solange asintió sin saber bien lo que significaba eso. Kenny entró de nuevo a la casa y, cuando salió, traía consigo una manta, su teléfono con un cargador portátil y una almohada.

—Mis condiciones —repitió cuando ella quiso preguntar por qué

llevaba todo eso.

Unos minutos después de una silenciosa caminata a la luz de la luna, estaban en la cabaña de al lado y, entre los dos, arrastraron la mecedora al interior. El peso hizo que crujieran todas las maderas, las de la mecedora y las del piso. Cuando consiguieron que estuviera dentro, el fornido cuerpo de Dany, que seguía profundamente dormido y con sonoros ronquidos que acompañaban su sueño, se acomodó hacia el lado izquierdo, como si estuviera en una cama. Por fortuna, la mecedora era enorme. Solange tomó una manta corta que adornaba un sillón del recibidor y lo arropó.

—Ahora sube y duérmete. Yo me quedare en el sofá en caso de que despierte —dijo Kenny en voz baja.

—¿Qué? Eso es completamente innecesario. Dany es inofensivo y, en todo caso, puedo defenderme sola.

—Mis condiciones, Sol. No voy a discutirlo. Tú tienes tus necesidades, yo tengo las mías y, aunque no me cabe duda de que puedes defenderte sola, en estas circunstancias, no me da igual dormir a diez pasos de aquí. Cierra la puerta de tu cuarto. De todos modos, te aseguro que esta noche nadie va a molestarte. Son las tres de la mañana... Trata de dormir. Mañana ya verás qué hacemos con tu «ex».

Sus dedos se elevaron simulando comillas en el aire, aún susurrando.

—¿Qué? Dany es realmente mi ex... —respondió Solange alzando un poco la voz, lo que provocó que Dany se moviera ligeramente.

—Tú no me crees a mí, yo no te creo a ti: supongo que estamos empatados. Solo duérmete. Tú y yo bebimos bastante también, no creo que nos pongamos de acuerdo esta noche.

Solange no insistió. Subió las escaleras y dejó a Kenny acomodándose con su almohada y su manta en uno de los sofás del

salón, que estaban cubiertos por edredones para protegerlos del polvo en la terraza.

Cuando puso la cabeza en la almohada, eran casi las cuatro de la mañana. No se quitó la ropa siquiera y solo se durmió, esperando que la mañana trajera, con el sol, más claridad.

Capítulo 13

Solange se removió en la cama, con el rostro enredado entre las sábanas. Un sonido la había despertado, pero aún no entendía del todo qué era. Un portazo leve, voces. ¿Había soñado? Se incorporó y escuchó con más claridad. Risas. Trini. O Matty. O las dos. El rumor de ruedas sobre madera, algo que se arrastraba, una maleta quizás. Otra risa más aguda, más cerca. No era un sueño.

Se frotó la cara. La luz que entraba por la persiana entreabierta tenía ese tono pálido de la media mañana, cuando el rocío ya ha desaparecido. Buscó a tientas el celular. Sin batería. En el ajetreo de la madrugada, había olvidado ponerlo a cargar. La madrugada... Recordó poco a poco todo lo que había pasado. Bajó los pies al suelo de madera, que crujió bajo su peso. Buscaba su bata del pijama cuando se dio cuenta de que todavía traía puesto el vestido ajustado de *jean* de la noche.

Nada más ponerse de pie, escuchó las voces otra vez, ahora más cerca. Venían de la sala. Una carcajada conocida, seguida de una frase que no alcanzó a entender. Entonces, una pausa que se extendía. Recordó a los dos inquilinos que había dejado abajo cuando había subido a dormir. Caminó hasta la baranda del segundo

piso y asomó, con cuidado, su cabeza al gran salón.

Allí estaban.

Dany, sentado en la mecedora, cerca del recibidor, con una taza en las manos. Parecía más joven y más desubicado que nunca. Frente a él, en el sofá largo, Kenny, con el torso ligeramente inclinado hacia el respaldo, con una pierna cruzada sobre la otra, mientras el brazo colgaba hacia un costado. Sereno, aparentemente. También tenía una taza en las manos.

Y, frente a ambos, Trini y Matty, de pie, con maletas a los lados mientras las mochilas colgaban de un solo hombro. Era evidente que acababan de entrar con la clave que ella misma les había pasado por el chat cuando le habían avisado que venían. Nadie hablaba. Nadie se movía.

Solange descendió los escalones como quien pisa un campo minado. El espejo del pasillo de arriba la reflejaba con el cabello alborotado y ojeras evidentes. Trini la vio primero. Abrió los ojos apenas y ladeó la cabeza como diciendo: «¿Qué está pasando aquí?».

—Buenos días... —murmuró Solange, sin saber a quién se dirigía.

—¿Buenos días? Sol, es la una de la tarde —respondió Matty algo abrumada por la escena.

Kenny levantó apenas la cabeza. Dany la miró de forma directa, sin ocultar nada, como si la estuviera esperando.

—Hola, Sol —dijo él—. *Sorry*[24]..., creo que anoche me pasé de tragos esperándote. Al menos, eso dice tu «vecino».

—Viniste sin avisar —respondió ella, sin llegar al último escalón, alisando un poco su cabello.

—Es que... ayer no contestaste. Y no sé, me quedé pensando.

Kenny no hablaba. Su silencio era otra voz en la sala. Solange lo conocía lo suficiente como para saber que hablaba cuando quería y

que, cuando no lo hacía, decía mucho más.

—Sol, ¿nos perdimos algo? —intervino Matty, que rompió la tensión.

Solange no sabía por dónde empezar. Ni siquiera estaba segura de que quería explicar algo. Bajó el último escalón.

—Trini, Matty..., ¿se acuerdan de Kenny?

—Hola, chicas... *Long time no see*[25]. Aunque es increíble verlas de nuevo, creo que algunos necesitamos una ducha. Si me necesitas estaré todo el día en la finca, Sol.

Se acercó a ella y la besó en la mejilla, sosteniendo su barbilla con ternura infinita. Ella no se movió, y él pasó entre las chicas y se fue. Dany seguía algo mareado en la mecedora.

—Gracias..., Kenny —dijo salvando el incómodo momento, que se prolongó hasta que él estuvo lejos—. ¿Dejaron algo en el carro? —cuestionó dirigiéndose a sus amigas.

Era una pregunta trampa. Un código entre ellas. Trini la captó al instante.

—Sí, claro. La otra bolsa con hielo. Y los flotadores para el río. Los inflables. Los... Sí.

—¿Me ayudan a buscarlos? —añadió Solange.

—Claro —dijeron las dos al unísono, como quien acepta el llamado de una guerra.

Salieron las tres y dejaron a Dany solo en el salón. En la galería, Solange cerró la puerta con suavidad.

—¿Qué demonios está pasando? —susurró Trini mientras Matty sacaba las botellas del bolso.

—Dany apareció esta madrugada. Estaba en la casa de Kenny y, cuando volví, lo encontré aquí, dormido en la galería. Y Kenny... Bueno, me ayudó a entrarlo a la casa y se negó a irse.

—¿Y entonces durmieron aquí los dos?

—Dany vino por impulso, no me avisó. Bueno, no vi mi teléfono. Y Kenny no es... nada mío.

—Eso no es lo que parecía —intervino Trini—. La tensión. La forma en que Kenny te miraba.

—¿Y la forma en que Dany la miraba? Es obvio que sigue loco por ti, Sol —replicó Matty, que no aceptaba que Dany y Sol ya no estaban juntos.

—Como un niño que llega a la casa y ve que sus padres se han mudado sin decirle —dijo Trini—. Creo que Dany tiene que aceptar que se acabó, y tú también, Matty. Pareciera que estás de su lado y no del de Sol.

Solange apoyó las manos en la baranda de madera de la galería. Respiró hondo. El campo olía a pasto recién mojado, a ramas partidas por el viento de la noche anterior.

—¿Qué hago?

—Eso no lo podemos decidir nosotras —dijo Trini con un tono maternal—. Pero, por lo menos, deberías hablar con ellos. No ahora, pero pronto.

—Con uno de ellos —corrigió Matty—. El otro solo vino a desordenarte. A recordarte que sigue ahí.

—¿Y tú ya sabes cuál es cuál, Sol? —preguntó Trini mirando fijamente a su amiga

—Creo que sí. Sea lo que sea, por lo menos, sé lo que no quiero.

Volvieron adentro cuando ya no había excusa para quedarse afuera. Dany seguía sentado en la mecedora, con la espalda tensa. Trini lo notó y, sin decir palabra, tomó a Matty del brazo.

—Vamos a acomodarnos arriba —dijo guiñándole un ojo a Solange.

Dany se levantó. Su voz fue más serena que antes.

—No quería incomodarte —dijo.

—No lo hiciste —mintió ella—. No tanto.

—Sí, lo hice —dijo él sin dudar—. Y fue egoísta. Me di cuenta anoche, cuando no contestaste. Cuando vi tus historias del otro día y, luego, nada más. Pensé que algo te pasaba. pero en realidad... lo que pasaba es que estabas contigo mismo, o con él. Da igual. Ya no estabas para mí.

Solange cruzó los brazos. Las palabras no le dolían, pero la forma en que las decía sí. No eran recriminaciones. Era la voz de alguien que no sabe cómo aceptar que ha sido reemplazado.

—No estamos juntos, Dany. Lo sabes.

—Sí, pero no era solo eso, Sol. Éramos equipo. Aunque no fuéramos pareja, eras mi dupla creativa. Aunque solo fuéramos dos personas que se entendían sin decir mucho. ¿Sabes lo difícil que es encontrar eso?

Solange bajó la mirada.

—Te entendía, sí —respondió ella—. Pero ya no estoy segura de que me entiendas tú a mí. Y yo ya no quiero explicarme todo el tiempo. Podemos crear juntos, eso lo hacemos bien.

Dany asintió despacio.

—¿Te gusta él?

La pregunta flotó en el aire como una hoja que cae sin decidir aún dónde posarse.

—Mucho —respondió Solange con una honestidad que la sorprendió incluso a ella—. Solo sé que, cuando estoy con él, no tengo que pensar en todo lo demás.

—Y eso te basta.

—Por ahora, sí.

Él se acercó y le dio un beso en la mejilla. No fue un adiós. Fue, más bien, un «Te entiendo aunque no me guste».

—Avísame si necesitas algo. Lamento el mal rato. Me iré en el

próximo autobús, tu amigo llamó un taxi hace un rato y creo que ya llegó —dijo y salió con su pequeño bulto verde neón en las manos.

Solange se quedó en la sala vacía. Caminó hasta la mecedora y se sentó allí, como si su cuerpo necesitara ocupar el espacio que él acababa de dejar libre.

Trini apareció con dos copas en la mano. Le ofreció una sin decir nada. Matty trajo algunos sándwiches para almorzar.

—¿Mimosa a las dos de la tarde?

—Es sábado. Y, además, acabas de sobrevivir al colapso emocional simultáneo de dos hombres. Te la ganaste.

Solange sonrió. Dio un sorbo y, una vez comió algo, decidió darse una ducha. Se puso unos *jeans* y una camiseta, solo dispuesta a pasar el día con sus amigas. Cuando bajó, ya estaban abriendo una segunda botella, mientras escudriñaban una bolsa con las cintas que Kenny había dejado antes de irse a la finca, y ella se duchaba.

—Entonces ¿no vino Leti? Le hubiera encantado ver esas cintas. Así, dejaría de negar que se enganchó con Antonio ese verano.

Solange rio.

—Se fue de viaje con el novio. Creo que lo está probando en modo internacional. Y no necesitamos grabaciones para saber que se enganchó con Antonio —dijo Matty al sentarse con los pies en alto.

—¿Y ahora? —preguntó Trini, que se sentó a su lado.

—Ahora dejo que el día siga —respondió ella sin levantar la vista.

La mecedora crujió apenas. El cielo estaba despejado. Y allá, a lo lejos, tal vez en el invernadero, un hombre pensaba en una mujer que, sin saberlo, acababa de empezar a escribir otro capítulo.

—No, amiga, ahora vas a la finca —contestó enérgica Trini.

—Estás loca. Ya te dije que tiene novia... Tiene novia —repitió Solange enfatizando la última palabra.

—No la tiene —replicó Trini—. Y, aunque la tuviera, ¿desde cuándo te crees los rumores antes que a ti misma? Solange Eloise, ve ahora mismo a hablar con él.

—¿Y entonces por qué se iría tantos días a otra ciudad?

—Se lo preguntas a él, amiga. Pero ya está bien de que hagas películas en tu cabeza por tanto tiempo.

Solange no estaba convencida, pero, de todos modos, se fue a la finca. No recordaba bien el camino, así que puso el GPS en su teléfono.

Llegó en veinte minutos. El sol estaba en su máxima expresión, y las hileras de plantas de fresa se extendían ya con pocos frutos. Un empleado le abrió el portón y le dijo en qué dirección encontrar a Kenny.

Esta vez fue ella quien se acercó. Estaba en el medio de la plantación, con un sombrero gracioso y vestido, curiosamente, con el mismo atuendo que ella: *jeans* y camiseta blanca.

—¿Podemos hablar? —dijo ella cuando ya lo tuvo lo suficientemente cerca como para escucharla.

—Depende. ¿Vas a salir corriendo?

—Espero que no.

—OK. Entonces podemos hablar. —Pero Solange no dijo nada. Se cruzó de brazos, mientras el sol le quemaba el rostro y ella entrecerraba los ojos—. Empezaré yo entonces. Vayamos a la sombra, te vas a tostar —dijo mientras la invitaba a caminar hacia un pequeño invernadero techado unos pasos adelante—. Dijiste que Dany y tú no están juntos. Ya lo sabía. Te creí, pero tú elegiste creer que yo tengo novia, y Diana no lo es. Hace un año que no. Volvió a Nueva York, está casada y embarazada. Es mi fotógrafa, son negocios. Fin de la historia. —Ella no dijo nada. Lo escuchó—. Mis viajes a Santiago no son el problema. El problema es que creas que

sí. Lo tenía que decir —añadió Kenny—. No quiero que pienses que estoy jugando.

—Entonces ¿por qué no me pediste que fuera contigo?

—Porque no sabía cómo decirte algo más. Porque hay algo que sí he ocultado y no sé por dónde empezar.

Solange se puso nerviosa. Todo cambió en un segundo.

—Entonces empieza —dijo con una firmeza que no sentía en realidad.

Kenny respiró hondo. No miraba al frente, sino a un punto indefinido más allá de la plantación.

—¿Recuerdas cuando dijiste que te gustaba más la agencia cuando era pequeña? Más libre. Más caótica. Menos formal.

—Sí... —respondió ella sin entender del todo el giro.

—También dijiste que te gustaba más cuando no había junta, ni procesos, ni auditorías... Cuando sentías que cada campaña era una locura compartida, y no una serie de formularios que llenar. —Solange asintió apenas. Había hablado sobre todos esos cambios en alguna de sus cenas, pero no entendía qué tenía que ver—. Yo ya lo sabía, porque lo dijiste delante de mí. Una tarde, en una reunión con Rafael. No sabías que yo estaba en la videollamada, con la cámara apagada.

Solange sintió cómo una pieza invisible se movía dentro de ella, como si el aire mismo se reorganizara a su alrededor.

—¿Qué? Hace meses de eso...

—Estaba ahí, escuché todo y no me molestó. Al contrario, me alegró saber que alguien todavía pensaba así.

—¿Por qué estabas en esa reunión?

Él giró la copa con lentitud, como si midiera el peso exacto del momento.

—Porque yo soy el inversor ángel de la agencia. El que Rafael

siempre menciona. El que puso el capital hace un año y medio. El que pidió que ustedes recibieran acciones. El que apostó por el modelo híbrido cuando nadie lo entendía.

Solange no supo si reír, gritar o salir corriendo.

—¿Tú?

—Sí, yo. Y no lo dije antes porque quise que me conocieras sin el peso de esa información. Porque, cuando supe que trabajabas allí, me pareció una especie de ironía perfecta. No me lo esperaba, no te busqué. Pero estabas, tu arte estaba. Fue tu arte lo que me trajo de nuevo a ti. Cuando el abuelo decidió vender todas sus tierras para darnos el dinero, convencí a mi papá de que no conocíamos lo suficiente el mercado y necesitábamos una visión nueva. Buscando la empresa de publicidad, sabía que no podía ser algo más de lo mismo. Me encontré con lo que ustedes hacían, con lo que tú hacías, y decidí invertir. No era tanto dinero comparado con lo que nos íbamos a ahorrar después.

—¿Y por qué... por qué me lo dices ahora?

Kenny la miró por primera vez desde que había empezado a hablar. Directo, sin escudo.

—Porque no quiero seguir callando cosas importantes. Ya no. Me cansé de los silencios estratégicos.

Ella se quedó inmóvil. Sentía la garganta cerrada. No era solo la confesión, era todo lo que implicaba. Todo lo que ahora encajaba.

—¿Por eso sabes tanto de la agencia? ¿Por eso Rafael te escucha más que a los demás?

Kenny asintió.

—No me meto en decisiones creativas ni en operaciones, solo respaldo con recursos económicos. Pero, cuando pedí que la agencia tuviera alma, me refería a personas como tú. Rafael sabe que te conozco desde niña, le hice jurar que no te lo diría ni a ti ni a los

demás. Por debida diligencia, era indispensable que él lo supiera.

Las palabras cayeron, de pronto, como un balde de agua fría.

—¿Y qué esperas que haga con esa información?

—Nada. Solo quería que lo supieras. Si después de hoy decides que no quieres volver a verme, lo entenderé. Pero necesitaba ser honesto por ti y por mí.

Solange lo miró. Por primera vez en mucho tiempo, no sentía rabia ni confusión. Sentía una especie de claridad incómoda. Como cuando una verdad largamente escondida por fin encuentra el camino hacia la superficie.

No dijo nada más. No hacía falta.

Y, al otro lado, Kenny esperaba.

—No sé cómo sentirme con eso. Si todo este tiempo has sabido dónde estoy, ¿por qué nunca me buscaste?

—Lealtad. Yo estaba con Diana, tú estabas con Dany. No nos hacía un favor a ninguno de los dos.

Solange analizó con cuidado sus próximas palabras. Él tenía razón: ¿de qué hubiera servido que la buscara si ambos tenían pareja? Lo pensó, y terminó por asumir lo que estaba ocurriendo y dejar de luchar con algo que quería desde hacía mucho tiempo. Era el momento de abandonar las excusas y lanzarse.

—¿Significa, entonces, que no puedo salir con el jefe? —dijo con una carcajada contenida.

—No soy tu jefe, soy tu socio. Pero, si por tan solo un momento eso llegara a ser un problema, Sol, supongo que entonces vendería mis acciones.

—No. Prefiero a un capitalista conocido que un policía de presupuesto por conocer.

—Me alegra que no estés enojada. Te juro que no lo planeé, fue casualidad que trabajaras allí.

—No le creo nada, señor ROI —dijo en tono de broma.

El aprovechó su buen humor para besarla. El invernadero estaba frío y el aroma dulce de las fresas impregnaba el ambiente. Solange no podía pensar en una mejor forma de continuar su tarde que colgada de aquellos brazos y adherida a aquellos labios que no podía parar de besar. Se quedaron abrazados un rato más y, después, salieron a recorrer la finca; con una nueva mirada, la de aquellos que dibujan el futuro con los trazos del presente y los buenos recuerdos del pasado.

Epílogo

Jarabacoa, agosto 2024

La noche parecía planeada por el destino. El cielo estaba despejado, las llamas de una improvisada fogata crepitaban en el centro del patio, y las copas se llenaban sin que nadie tuviera que pedirlo. Matty y Trini habían regresado a la cabaña al final del verano para la inauguración de la terraza, que finalmente había sido terminada. El jardín lucía tal como el diseño animado que Solange había creado.

Nancy apareció por videollamada y, entre carcajadas, les recordó:

—¡Quién diría que el chico que no se metía al río ahora cultiva fresas... y sigue enamorado de mi sobrina! ¿Terminaste de leer el manuscrito, Kenny? Mi editor está esperando.

—Sí. Solange aún no lo termina, pero voy a sugerirte un solo cambio. *La venganza de la Ciguapa* es algo agresivo, ¿no crees? Después de todo, ella solo buscaba justicia.

—Sin *spoilers* —protestó Solange.

El grupo estalló en carcajadas y la tía Nancy se despidió con cariño de todos. Solange bajó la cabeza, pero su sonrisa era innegable. Kenny, sentado en la silla a su lado, no dijo nada. Solo le

apretó la mano por debajo de la manta que los cubría a ambos.

—Les voy avisando: hice una reserva para mi cumpleaños. Tres días en noviembre. Tengo que probar ese *picuzzi* con mi novio. No quiero a nadie por aquí.

—No hay problema, estoy seguro de que Solange me recibirá ese fin de semana en su miniapartamento en la capital —bromeó Kenny.

—Como te sigas burlando de mi casa, te vas a quedar en un hotel —respondió Solange mirándolo con cara de pocos amigos.

La conversación continuó un rato más en aquel último fin de semana en la «cabaña de los besos», el lugar en el que las amigas aspiraban a recibir su primer beso, aunque al final ninguna lo recibió allí. Solange y Kenny habían acordado, por el momento, verse todos los fines de semana posible; algunas veces, el viajaría a la capital y, otras, ella iría a la cabaña. Había hablado con su familia para conservarla con el compromiso de rentarla durante todo el año, excepto en fechas especiales, en las que volverían como familia siempre.

Dany renunció a la agencia y comenzó a trabajar como *freelancer* por la vergüenza que le había provocado su encontronazo con Solange. Ella trató de convencerlo de quedarse, pero fue inútil. En cuanto a Solange, nunca más dejó acumular sus vacaciones. Aceptó de buena gana los beneficios de volver de manera presencial a la agencia, pero persuadió a Rafael de implementar los *Friendly Fridays*, y los viernes todos trabajaban desde la casa.

Al final del verano, Solange pudo reencontrarse con Keyla y conocer a sus bebés. Una tarde los dejaron al cuidado de Kenny y sus papás, y ella, Trini, Matty y Keyla se fueron al parque, como solían hacer. No montaron patines, pero comieron helado, se sentaron en los bancos y vieron pasar una tarde completa haciendo historias de su adolescencia.

Esa noche, todos reunidos en la terraza, algunos disfrutaban del *picuzzi*, pero Solange y Kenny estaban sentados juntos en un sofá, tomados de la mano. Celebraban un nuevo contrato de Súper Fresas para hacer mermeladas, y el éxito de la idea que Solange había tenido de vender una experiencia familiar de recolectar fresas y hacer tus propios jugos y mermeladas. Ya tenían cientos de reservas, y las ideas para diversificar el negocio no paraban de surgir.

—¿Crees que algo habría cambiado si nos hubiéramos encontrado antes?

—*Not at all... Nothing happens if it's not supposed to happen*[26] —dijo Kenny y le dio un tierno beso en la frente a su novia.

—Tú no aprendes...

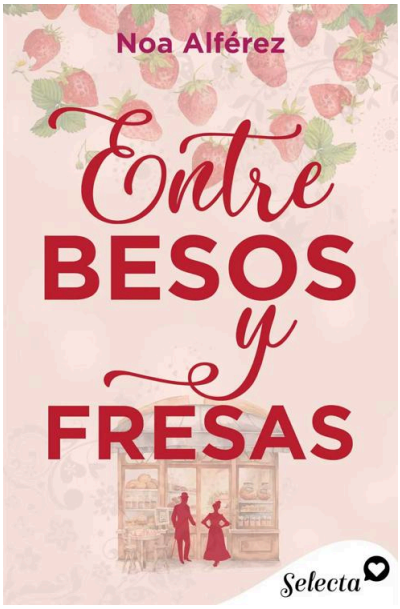
—*What? Oh... right*[27], solo inglés para Solange —respondió él y besó, entonces, sus labios con inmensa dulzura, como si nadie los viera.

Si te ha gustado

Aventura de verano

puedes disfrutar de estas



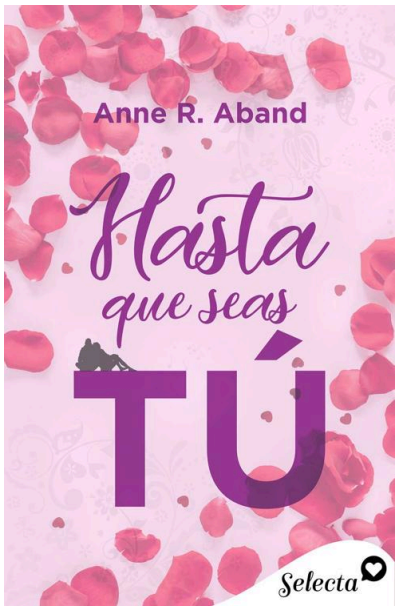



Natalia Sánchez Diana
Orgullo, rugby y un señor DARCY
Selecta


Encarna Magín
Y siempre ESTARÁS tú
Selecta


Julianne May
Solo por un BESO
Selecta


Alma Vera
Un regalo para Laia
Selecta


Anne R. Aband
Hasta que seas
TÚ
Selecta


Alexandra Black
Un vals en
INVIERNO
Selecta

Un amor de verano que sueña con durar toda la vida.



Solange es una joven talentosa que trabaja en una popular agencia de publicidad en la ciudad. Su vida profesional está en pleno auge, a pesar de que apenas y ha terminado la universidad. Un imprevisto la obliga a alejarse temporalmente de su rutina: la casa de su tía en el campo necesita reparaciones urgentes, y ella deberá mudarse allí por unos meses para supervisar las obras.

Lo que Solange no esperaba era reencontrarse con **Kenny, el enigmático vecino que solía pasar los veranos en la propiedad de sus abuelos**, al igual que ella en casa de su tía. Años atrás, entre discusiones y juegos infantiles, ambos

compartieron un último verano inolvidable, uno que estuvo a punto de convertirse en un romance, pero que quedó inconcluso cuando la vida los llevó por caminos diferentes y ambos empezaron la universidad.

Ahora, que algunos años han pasado y la vida los ha cambiado, **el reencuentro despierta sentimientos y recuerdos de aquella última aventura de verano**. Sin embargo, mientras la atracción renace, también surgen dudas y viejas heridas. Solange ha construido una vida en la ciudad, lejos del mundo rural, y Kenny parece decidido a echar raíces en el campo.

Las reparaciones de la casa pronto terminarán y **ambos deben decidir si están dispuestos a arriesgarse por una segunda oportunidad o si su historia está destinada a ser solo un recuerdo de verano.**

Arlene Sabaris. Dominicana. Autora de poemas, cuentos y novelas, es una profesional de las finanzas y los derechos humanos, que trabaja en el sector de cooperación internacional. Amante desde niña de las letras más que de los números, decidió completar su formación académica con diversos cursos de narrativa, corrección de textos y emprendimiento cultural. Realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas y una doble maestría en narración y creación literaria/ Guion de tv, cine y radio, en la Escuela Europea Des Arts.

Es colaboradora de varias revistas y miembro directivo del proyecto de promoción de la literatura escrita por mujeres, Fundación Anticanon. Pertenece además al cuerpo docente del primer diplomado de escritura creativa para escritoras del Caribe.

Ha recibido varios premios desde su niñez tanto en poesía como en narrativa, en la que destaca por los géneros de romance y misterio. Con la editorial Selecta de Penguin Random House ha publicado las novelas *Si me quisieras* y *Un Amor del pasado*, además de la trilogía *Romance en la colonia*, ambientada Santo Domingo, la primera ciudad de América,. Sus escritos también forman parte de las antologías *Grito de Mujer, Ritmo que late*, de Dominican Writers y *Mujeres Inspiradoras*, de Casa de Francia.



Edición en formato digital: julio de 2025

© 2025, Arlene Sabaris
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-92-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Traducción al español: «¡Sí..., cuánto tiempo sin verte chica!».
[2] Traducción al español: «No es necesario».
[3] Traducción al español: «¿Necesitas azúcar?».
[4] Traducción al español: «De todos modos».
[5] Traducción al español: «Eso es nuevo...».
[6] Traducción al español: «¡Hola, mi nombre es Sol, como el sol!».
[7] Traducción al español: «¿Sabes? Deberías leerlo...».
[8] Traducción al español: «¿Qué?».
[9] Traducción al español: «¿Te molesto?».
[10] Traducción al español: «Está bien, chica...».
[11] Traducción al español: gemelos.
[12] Traducción al español: «¡Oh, Dios!».
[13] Traducción al español: «¿Qué hay de nuevo...?».
[14] Traducción al español: «Para nada...».
[15] Traducción al español: «Allí estás...».
[16] Traducción al español: «Súper».
[17] Traducción al español: «Salud».
[18] Traducción al español: «¿La estás buscando?».
[19] Traducción al español: «¿Buscando a quién?».
[20] Traducción al español: «Hola..., ¡bienvenida de vuelta!».
[21] Traducción al español: «Haz lo tuyo».
[22] Traducción al español: «¿Entonces...?».
[23] Traducción al español: «Bueno..., ahora lo sabes...»
[24] Traducción al español: «Lo siento».
[25] Traducción al español: «Mucho tiempo sin verlas».
[26] Traducción al español: «Para nada... Si está destinado a pasar, pasará».
[27] Traducción al español: «¿Qué? Ah..., cierto».

Índice

Aventura de verano
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Arlene Sabaris

Créditos

Notas